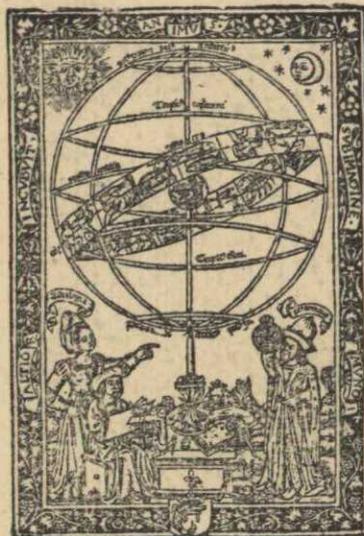


1967

REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN

[Handwritten scribble]



Nº

74

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

NUMERO

74

AÑO VII
SEGUNDA EPOCA

1947

Director: PEDRO ROCAMORA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID



SUMARIO



EDITORIAL

José Ibáñez Martín: SIMBOLOS HISPANICOS DEL «QUIJOTE»

José María Pemán: SOBRE LAS INTERPRETACIONES
DEL «QUIJOTE»

HECHOS



LA CONMEMORACION DEL IV CENTENARIO DE CERVANTES

LA ENCOMIENDA DE ALFONSO EL SABIO A UNA POETISA
CUBANA

EL DOCTOR JIMENEZ DIAZ INAUGURA EL CURSO
EN EL ATENEO DE MADRID

VENTANA AL MUNDO



EL MENSAJE DE ESPAÑA AL MUNDO HISPANICO

ARGENTINA Y LA FIESTA DE LA HISPANIDAD

ROQUE ESTEBAN SCARPA, EN MADRID

NOTAS DE LIBROS

Juegos de agua (versos del agua y del amor), por Dulce María Loynaz.
Editora Nacional. Madrid, 1947.

Bibliografía complementaria de Cervantes, por Eduardo Ponce de León.—Ediciones I. N. L. E. Madrid, 1947.

Mujeres del «Quijote», por Concha Espina.—Ediciones Afrodisio Aguado. Madrid, 1947.

El Teatro moderno norteamericano, por William Saroyan.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



EDITORIAL

MIENTRAS otros pueblos viven, en la hora actual del mundo, en pie de guerra, España vive, sin desatender por ello la reconstrucción de su economía, en pie de cultura”, decíamos en nuestro anterior editorial. Como un signo más, y valioso, de esa actitud, más que presente permanente, de España, se cuenta la conmemoración del IV Centenario de Miguel Cervantes Saavedra, antorcha y guía de las letras hispanas. No ha sido, por supuesto, una conmemoración más, protocolaria y sucinta. Al contrario. Todos los actos de la conmemoración, por su unidad y su rumbo, se han dirigido a poner de relieve la personalidad y la obra del más arrogante y más cierto de los españoles en relación con España y con el mundo circundante. Porque Cervantes —y al decir Cervantes aludimos implícitamente a su tarea magistral— ha sido, sin posible parangón en los fastos universales, el genio que más ha influido en la labor del pensamiento ecuménico. En España, además, ha influido, de modo inequívoco, en la limpieza, extensión, perdurabilidad y casticismo del idioma patrio. Si no fueran otros —y son incontables— los méritos del escritor, bastaría éste, el de su influencia en las glo-

rias del lenguaje vernáculo, para que España, y por España el Gobierno de Franco, exaltara la verdad de Cervantes, la riqueza de su obra y, como queda dicho, el magisterio de su pluma in-marchita.

Cuatro días para una obra cortical y fullera es un tiempo largo; cuatro siglos para una obra humana y realista —no obstante su naturaleza imaginativa— es un tiempo breve. Es la diferencia que va del artificio al arte. Cervantes es hoy más original y más rotundo que nunca, y mientras más avancen los siglos, más recia y jugosa será su obra, que va desde "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha" a las "Novelas Ejemplares", pasando por sus comedias, tragedias y entremeses. Huelga advertir que ha sido por el "Quijote" —"el mejor código de la convivencia humana", como lo llamó el Sr. Ibáñez Martín— el que con más resonancia cordial ha dispersado, para afianzarlo, el prestigio incalculable de su autor y con él la grandeza de España.

Cuantos actos oficiales se organizaron entre nosotros para honrar la supervivencia del genio, se encaminaron, como es de suponer, a fortalecer las razones literarias de esa supervivencia. Iba en ello la misma honra de España. Y si otros pueblos, empeñados en contiendas materialistas, apenas si tienen ocios para regalar su acervo espiritual, España, desentendida de esas tormentas bélicas, "en pie permanente de cultura", se goza y se enciende, alternando la reconstrucción de su hacienda con la preponderancia y el cultivo de su patrimonio intelectual. Porque España, por otra parte, no puede prescindir de su pasado heroico. Quien lo tiene, lo luce. No todos los pueblos pueden afirmar otro tanto. Y como lo tiene, sería torpe no lucirlo, más que como espejuelo para fuera, como recreo para dentro, como estímulo para su futuro y, desde luego, como fuste sobre el que, henchida de entusiasmos, enarbola la majestad de su historia.

Una historia que no es sólo la conquista de mundos vivos para ofrendarlos después, sino la conquista de mundos imaginarios, para, de la misma manera, pero sin perder su dominio moral sobre ellos, como le acontece siempre, lanzarlos a los surcos —como siempre

también— de otras culturas y de otras civilizaciones. Estas siembras no son, claro está, inmediatas y directas, sino lejanas e inaprensibles. En realidad, ése fué, como una razón de ser, el papel de España. Alzar mundos de la nada para el provecho, más que propio, ajeno. Incluso en las obras del espíritu, desde las romerías misioneras hasta sus libros más amados. En este orden, Cervantes lleva —por delante su "Quijote"— cuatro siglos de correrías, y cuando ya han pasado los imperios, y se han sucedido las políticas, sin dejar siquiera rastro, él, Cervantes, pervive en su obra, como el mejor plenipotenciario de España y procurando para España, su cuna y su tumba, su hogar y su templo, los triunfos más resonantes y fecundos.

Y lo curioso es que entender el "Quijote", es entender España, aunque por admirar aquél, aparenten, sólo aparenten los demás, sin creerlo, desconocer España. Y es que España es, señores, el "Quijote", de Miguel de Cervantes Saavedra. O sea que España, como su héroe infinito, pervive. Y pervive con la fuerza inmutable de su genio secular y castizo, amasado de hondura nobilísima, de desinterés altruista, de amor entrañable, de fe redentora. Y es así por ella y para los demás. Como Don Quijote. Como Don Quijote, que "de puro español—como dijo Unamuno—, llegó a una como renuncia de su españolismo, llegó al espíritu universal, al hombre que duerme dentro de todos nosotros. Y es que el fruto de toda sumersión hecha con pureza de espíritu en la tradición, de todo examen de conciencia, es, cuando la gracia humana nos toca, arrancarnos a nosotros mismos, despojarnos de la carne individualmente, lanzarnos de la patria chica a la humanidad".

Al exaltar España —recogiéndola un poco dentro de sí— la figura de Cervantes y, como queda advertido, la magnitud ciclópea de su obra, más como calidad que como número, sólo ha tenido la intención, al par que cantar las virtudes de un héroe nacional, "Don Quijote", símbolo de toda justicia, de poner al descubierto, legítimamente, la ausencia de valores universales de esa índole. Porque todos los pueblos, al volver la vista hacia España, parece como si en lugar de admirar un genuino sentido de "Qui-

jote" en ella, se dolieran, en definitiva, de no poseerlo ellos, o por lo menos, los demás. De ser así, de ser "Don Quijote" el árbitro de la interpretación social de nuestro momento histórico —del momento del mundo, queremos decir—, los pueblos no se andarían rompiendo la crisma para satisfacción de sus peores egoísmos particulares, sino que lo harían, como el famoso personaje cervantino, en beneficio de los demás. Aunque por hacerlo así, y entender así la convivencia humana, fueran los pueblos, como Don Quijote, tenidos por locos.

Porque si bien "Don Quijote" viene a ser como una especie de "evangelio de regeneración nacional", algo mejor les iría a los mundos en discordia si lo tomaran, al cabo, como evangelio de regeneración universal.

Bajo esa aspiración, aparte del caudal filosófico, humano y poético de "Don Quijote", la conmemoración del IV Centenario del nacimiento de su autor tuvo para España un doble carácter: de fiesta literaria y de fiesta religiosa, a las que la conciencia hispánica se asomó, transida de fe, como para impetrar, desde lo insobornable, la realización del milagro. Ese milagro de la multiplicación de "Don Quijote" sobre el haz de la tierra para "los que han hambre y sed de justicia".



SIMBOLOS HISPANICOS DEL QUIJOTE*

Por JOSE IBÁÑEZ MARTÍN

Nos hemos reunido aquí, desde diversos puntos de la tierra, en Asamblea Cervantina de la Lengua Española, para rendir homenaje a Miguel de Cervantes en el momento cronológico preciso en que el tiempo nos trae el recuerdo de su natalicio, ocurrido hace cuatrocientos años. Y nos hemos congregado, transidos de cordialidad, los hispanistas todos: los que llevamos sangre hispánica en los latidos del corazón y sentimos la misma fe, igual histórico destino y semejante responsabilidad civilizadora, y los intelectuales de diversas naciones de Europa, hermanos por adopción en la común empresa de la cultura hispánica. Somos distintos por la procedencia geográfica y por la nacionalidad, pero integramos una misma familia en la vida del espíritu. Unos, por pertenecer rigurosamente a la comunidad lingüística de los ciento treinta millones de hombres que hablan en el mundo el idioma de Cervantes. Otros, por militar en la legión de hispanistas, enamorados de nuestra cultura, que saben también o hablar nuestra lengua o sentir la belleza

* Discurso pronunciado en la Real Academia de la Lengua por el excelentísimo Sr. D. José Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional, al clausurar la primera reunión de la Asamblea Cervantina de la Lengua Española el día 6 de octubre de 1947, con motivo de las fiestas del IV Centenario de Miguel de Cervantes.

de las letras españolas. A todos envuelvo en el mismo saludo fraternal; a todos, en nombre del Caudillo de España, doy el parabién y la enhorabuena. A todos agradezco, en representación del pueblo de Cervantes, el esfuerzo y el sacrificio de haber acudido a nuestra invitación y nuestra llamada, y singularmente la generosa colaboración prestada en estas primeras horas de trabajo y de estudio. Pues si bien es verdad que estas jornadas iniciales de la Asamblea no han hecho más que trazar direcciones y rumbos y proponer temas para un más completo y logrado desarrollo, resulta indudable que vuestra noble compañía es desde ahora poderoso acicate para vernos asistidos de una esperanza que se renueva con su propia cosecha y que encierra en su esfuerzo, junto al diario quehacer, la emulación de un fruto que con el tiempo más se acendra y se lozana.

Se han iniciado estos días claros problemas en torno a la lengua y a la literatura hispánica. Problemas aún no resueltos, y cuyo planteamiento lanzamos al mundo de la hispanidad como un mensaje de trabajo espiritual, de actividad gozosa, de tarea noble y desinteresada, que significa labor de paz y de confraternidad por el vínculo de la cultura. En una palabra, queremos—por medio de estas reuniones, que volverán a repetirse en el próximo mes de abril, y por el esfuerzo de todos los que quieran asociarse en ese plazo de tiempo a las deliberaciones de la Asamblea, abierta hasta esa fecha—descifrar, pulsar y enderezar todo lo prácticamente que sea posible cuanto de cerca o de lejos atañe a la hispanidad en el orden de los problemas entrañables de su lengua.

Pero la lengua no es una obra inerte, sino una energía en constante operar dinámico. Tratar los problemas de la lengua vale tanto como renovar o encauzar los torrentes vivos de fuerza espiritual que ella—lo más humano del hombre—lleva en su seno. Plantearse los problemas de la lengua, cristalizada en este caso en el puro y límpido caudal cervantino, equivale a ahondar en los vastos problemas humanos que en su vida y en su obra nos sugiere Miguel de Cervantes. En este sentido permitidme, señores, que la valoración de esta Asamblea sea para mí, no sólo un hallazgo, acuerdo

o convenio de problemas lingüísticos en su más estricta significación, sino una ratificación espiritual de que el idioma une también nuestros corazones y nos da la conciencia de una solidaridad en la manera y en el estilo de comprender y cumplir la vida humana. Porque la comunidad lingüística hispánica, o no es otra cosa que vana palabra, o tiene una grave responsabilidad en la hora siniestra del mundo. Le incumbe mantener enhiesto el baluarte del espíritu ante la quiebra de los valores morales; le compete defender con brío la amenazada civilización cristiana, de la que fué y es ella el mejor portavoz; le atañe, en suma, sostener con la pureza del idioma de Cervantes todo lo demás de Cervantes: el sentido de la justicia, del amor y del ideal; es decir, el quijotismo.

Y no me refiero sólo con estas palabras a los pueblos de América, porque en este punto es obvio advertir que España es América, de la misma manera que América es España, y en que perdure esta fusión, esta identidad de analogías, ha de estribar uno de los más genuinos valores de la Asamblea que conmemoramos. Me refiero también a los pueblos de Europa, en el instante adverso en que se resquebraja el prestigio de la cultura de Occidente. Cervantes, encarnando el alma de España, está de cara a los dos puntos cardinales de la historia de la civilización. Porque si su idioma y el espíritu de su obra se reflejan en el occidente atlántico, su heroísmo luchó hasta la mutilación contra las fuerzas ciegas de Oriente. Muchos Lepantos ha habido después de Cervantes. Pero ninguno tan terrible como el que expectante y siniestro asoma en el horizonte con su carga de materialismos y su afán destructor de las mejores conquistas del pensamiento humano, confirmando el aserto de Ortega, cuando afirma que una de las claves de este orbe europeo consiste en que cada quinientos años se desploma el alud asiático sobre la cultura mediterránea. Y lo curioso es que cuando todavía no se ha esfumado, sino que se acrece, esa amenaza del gran turco de la hoz y el martillo sobre los tristes pueblos de Europa y de América, es España, entre las tormentas de un mundo resentido y patético, la que, como un oasis en medio del infortunio, vive atenta a toda clase de problemas espirituales

y cita y convoca a sus naciones hermanas para reafirmar, a través de la lengua común cervantina, los mismos y eternos ideales por lo que pudo ser un día madre de pueblos y descubridora de mundos. Y no le importa vivir vituperada y zaherida, como tantas otras veces, por las fuerzas aciagas y sanguinarias del Oriente, porque se siente siempre la misma, abrazada a su incommovible destino histórico, afianzada en su incorruptible actitud de pueblo providente, en donde, pese a todos los vendavales, no se ha extinguido la llama de la fe. Sí, ilustres assembleístas: la España que veis es la misma y eterna y única España. La misma que Cervantes, visionario y profeta, augur y realista, encarnó en su vida y en su obra. Si queremos creer en Cervantes, es preciso creer también en la España católica, hidalga y caballera, dueña de su destino y señora de ideales y de ensueños. Porque acaso ningún español lo fué tanto como Cervantes, ni ningún buen español tampoco ha dejado nunca de llevar en las entretelas de su alma los ideales puros de Don Quijote.

I

HUMANIDAD ESPAÑOLA DE CERVANTES

Cervantes es el prototipo español de todos los tiempos. Del español acendrado de españolismo, o sea audaz, aventurero, hombre de fe, poeta, soldado y... mutilado. ¿Qué español, del tiempo que fuere, no es algo de todo eso, aunque, a decir verdad, Cervantes lo fué todo en todo? Su vida es dura en cada instante. Desde que el 7 de octubre de 1547 surge a la luz en Alcalá de Henares, llevando en su cerebro el germen de la obra más grandiosa, profunda y trascendental de la historia del espíritu, que es tanto como decir la historia de la Humanidad, hasta que, cumplida esta obra, tras un avatar insosegado, dejando este mundo mortal, penetra un amanecer de abril de 1616 en la más alta y firme gloria que vieron los siglos.

Y si es cierto que la gloria de Cervantes es alta y firme como

ninguna otra de sobre el haz de la tierra, no es menos cierto que su vida fué inquieta, amarga y andariega. Conoce todos los sinsabores de la ingratitud, del desvío y del renunciamento; pero, como buen español, no se desespera. Al contrario: lleva dentro de sí, como una antorcha inextinguible, un rico caudal de fe. De cada angustia, de cada fracaso, de cada zarpazo que le otorga el destino, parece sacar nuevos alientos para proseguir su marcha azarosa y patética. Llega incluso a padecer mutilaciones en su carne trabajada. Más todavía, porque el dolor moral supera al dolor físico: padece cautiverio. Y el cautiverio para el libre es la más negra e infamante de las torturas. Sin embargo, Cervantes no altera el fatalismo de su férrea contextura ideal. Se alza, con más bríos si cabe, para aguantar con temple casi superior a las fuerzas humanas la lucha por la vida.

Porque Cervantes, como español igualmente, todo se lo debe a sí mismo. En medio de sus quebrantos, en medio de sus persecuciones, en medio de sus soledades, encuentra la necesaria resignación, no para rebelarse, sino para mantenerse, sin deserciones, sin abatimientos, sin dejaciones suicidas, como un roble asaeteado por los temporales, pero nunca abatido. Todo lo intenta y todo lo prueba por mirarse, aunque maltrecho, erguido. Y es estudiante, y soldado, y arbitrista y alcabalero. Cualquier cosa, hasta la más baja y rutinaria, para ser, al fin y al cabo, el más luminoso y fecundo de todos los españoles de antes, de entonces y de siempre. Está a ras del suelo, pero asciende; está herido, pero se impone; está preso, pero triunfa. En su alma milita el espíritu cristiano, y templado en tal fortaleza sabe que no se llega a la cumbre fácilmente, sino después de haberse dejado jirones del propio ser en las encrucijadas de todos los caminos. Así, con el dolor de cada día se tupe, afianza y acrisola el alma del justo. ¿En cuántos españoles no pervive esta misma semblanza?

Análogo heroísmo aureola su vida de escritor y de poeta. Cervantes es un hombre de letras a la edad madura. Como en los demás perfiles de su prodigiosa humanidad, aquí también le acucia

una vida tumultuosa y tremenda, pero cabal, íntegra y florecida. Para proseguir mañana sabe ganarse la trinchera de cada día.

En este punto, Cervantes, además de ser un español exacto, es un gran español por añadidura. Posee las características peculiares de los grandes españoles. No se olvide que nace en Castilla, la tierra parda, llana y dilatada que hace los hombres por el placer de gastarlos. El ambiente gana a nuestro héroe y lo circunda para siempre, porque siempre Cervantes, en el éxodo, en la libertad o en el caos, es austero, leal y recto. Tan recto que no pueden apartarlo de su rectitud ni la miseria, ni el hambre, ni el infortunio. Estas calamidades no hacen sino probarlo en su derechura inmutable. La fe es la coraza que guarda como un tesoro tanta arrogancia espiritual.

Joven, un niño todavía, se traslada con los suyos a Sevilla. Allí transcurren esos años en que el alma de un hombre pasa de las ternuras nebulosas a las meridianas confianzas de la vida. Lo irreal adquiere delimitación y matiz. El ensueño se torna visión directa. Y aquí, en este punto, se fragua el milagro vital en la naturaleza de Cervantes que tanto ha de influir, más tarde y ya definitivamente, en la obra poderosa del genio. Con Cervantes está la planicie. La lleva, como un augurio, en los repliegues de su espíritu. Sobre esa planicie promueven su danza los grandes monstruos de la fantasía. Son los motivos que han de servir como de contraste a esos otros, más claros y risueños, que por su estancia en Sevilla ha de ofrendarle, como una bendición, la Ciudad de la Gracia. Esta es la huella imperecedera de su primera formación: la gracia, el espíritu de la ciudad que, al chocar y fundirse con la adustez que le infiltró la Castilla ascética, produjo la maravilla de un estilo sin par. Porque fué Sevilla la que metió en Cervantes, como un aire nuevo y ligero, toda la veta de humor, de sarcasmo y de alegría que hay en la obra prócer del escritor.

Se ha hablado del destino sevillano de Cervantes. Quizá estaría más en razón hablar del «sino sevillano» de Cervantes. Ese sino se cumple. Se cumple, como tantos otros, en su existencia aventurera y desventurada. Tenía que ser así, por inescrutables

designios de Dios. Sobre el yermo de Castilla brota la magia del clavel sevillano. La tiesura, la gravedad, la adustez se ungen súbitamente, pero elaboradas con lentitud por el donaire, la chispa y el *ángel*. El ruiseñor ha hecho nido en el ciprés. Porque es en Sevilla donde Cervantes concibe y traza el *Quijote*. Huelga advertir que Sevilla era por entonces—como lo es siempre, pero más en aquella ocasión—, por su cultura, su riqueza, su población, el marco adecuado para toda creación imaginativa. En Cervantes lo fué más por el contraste de los dos mundos pequeños que acababa de surcar, desde el corazón de Castilla al sur, estremecido de resurrecciones, de España.

Quando llega la hora de la aventura, Miguel milita en las filas de Lepanto, y luce en su brazo manco la huella gloriosa del combate. Luego, el cautiverio en las mazmorras argelinas, soportado con todo el vigor y entereza de un alma prócer en la que se va gestando la luz del genio. Y Castilla de nuevo, para consolidar la madurez, para alumbrar definitivamente al escritor y al poeta, que se ha impuesto con voluntad férrea a las persecuciones de la adversidad.

Después, otra vez los azares del mundo. Porque la gloria, que ya le acecha, pero que, exigente, no se le entrega, lo colma después de muerto. Ni siquiera pudo en vida conocer Cervantes la majestad imponente de su obra.

Gallarda humanidad representativa y típica del varón de la raza hispana la de aquel anciano nunca decrepito que culminó su destino un amanecer de abril de 1616. Le confortaron los auxilios de la fe, porque siempre la llevó en el alma y fué el sostén de su titánica fortaleza. Pero del hombre reciamente español fué continuación e imagen su obra fecunda. Una obra que no ha culminado, en cambio, su destino. Porque el destino de esta obra, desde que florece, se proyecta sobre el porvenir como una luz de redención y divertimento, de lección y de recreo, de amor y de cultura, de paz y de ensueño, de realismo y de poesía. Y mientras más y más avance la vida, más recia será la cosecha del *Quijote*. Está escrito con un lenguaje de siglos y lleva en sí, en su intimidad en-

trañable, como la carga de anhelos, de esperanzas, de alegría, de amor y de justicia que en vano el hombre, el de ayer y el de hoy, se empeña en implantar, para sí y los demás, como el mejor código de la hidalguía, del despejo y de la gracia que pudieron ambicionar los mortales.

II

SIMBOLOS HISPANICOS DEL «QUIJOTE»

Todos los pueblos—ha dicho Ganivet—tienen un tipo real e imaginario en quien se simbolizan los rasgos y la esencia del espíritu popular. Ciertamente que en todas las literaturas descubrimos una obra maestra en la que un personaje excepcional pónese en contacto con la realidad social de su tiempo y atraviesa toda una larga serie de pruebas, donde se aquilata el temple de su alma, que es el símbolo propio de su raza. Si Ulises es la encarnación típica de la Grecia antigua, porque en él se resumen la prudencia, el esfuerzo o la constancia como realización de las virtudes de un pueblo, en Don Quijote resalta, antes que nada, una metamorfosis espiritual, en cuya virtud el tipo humano del Hidalgo Manchego, para poder vivir a ras de tierra en el humano mundo de Castilla, tiene que librarse del peso de las preocupaciones materiales y descargarlas sobre un escudero, para caminar desembarazadamente, desprendido de ambiciones mezquinas o de apetitos que se miden con la norma estrecha de lo terrenal.

En el sentido eterno y trascendente que caracteriza la fisonomía de lo tradicionalmente español, Don Quijote da la nota más característica: dentro de un tipo esencialmente humano, el contraste de la ingravidez angelical y deshumanizada de sus ambiciones terrenales.

Por eso Don Quijote es, ante todo, la consagración literaria, en una obra de dimensión inmortal, del concepto español del mundo y de la vida. De ese eterno peregrinar por los confines de la tierra defendiendo la causa de los débiles, el sentido de la liber-

tad y el imperio de la justicia; de esa imperecedera andanza y aventura, en la que la vida se pone a cada instante en riesgo de perderse en defensa de una empresa noble, de una romántica ambición o de un remoto y casi inasequible ideal.

Entre dos mundos literarios casi irreconciliables, el de la épica y el de la lírica, el *Quijote* es el eslabón de oro en donde se ligan dos estilos contradictorios en el vastísimo campo de las letras. Porque si es cierto que en su proyección simbólica el héroe cervantino alcanza, por su propia universalidad, caracteres que lo enraízan en los héroes épicos de Virgilio, de Rabelais, de Shakespeare o de Goethe, no es menos cierto que un gran aliento lírico mueve la admirable locura de Don Quijote, que antes que hidalgo o caballero da al mundo la lección de ser un hombre entero, admirable y ejemplar.

Por eso significa el *Quijote* el mejor exponente del humanismo literario español. El nombre es en la obra cervantina la piedra angular de la más fabulosa arquitectura novelesca que jamás hayan conocido los siglos. Si hubiera que describir un rasgo esencial en la epopeya del hidalgo manchego, habría que buscarlo en esa corriente humanista que, encubierta unas veces y otras de manifiesto, va fecundando con vigor portentoso el paisaje moral por donde discurre la vida humana de Don Quijote.

Todas las demás características que se han pretendido asignar a esta obra no son sino visiones angulares de esta íntima y profunda realidad. Todas las interpretaciones de insinuación política o de carácter social formuladas sobre este punto, son, en fin de cuentas, reconocimiento palmario de esta afirmación inicial: la inmortalidad de la obra cervantina se debe esencialmente al rango humano con que está concebida, al basarla en el tema eterno, sorprendente y contradictorio del hombre.

Con inmensa razón ha dicho no hace mucho tiempo Pemán que el *Quijote* es la resonancia de una serie de valores españoles con asombrosas anticipaciones hacia lo moderno y lo universal. ¿Pero es que acaso no estaban contenidas en el alma española del siglo XVII las mismas ideas que siglos más tarde habían de tener

categoría de principios políticos en la estructura jurídica de todos los pueblos?

El sentido de la dignidad personal, la exaltación de la soberanía del individuo, la proclamación reiterada de los derechos de la personalidad, con los conceptos de igualdad natural ante la ley, respeto a la vida familiar y armonía de relaciones en el seno de la sociedad heril, son no sólo atisbos geniales de un talento vigilante que avizora en el horizonte la vanguardia de las ideas futuras, sino más bien el reconocimiento literario de conceptos populares que por hallarse inscritos en el sentimiento íntimo de la vida nacional afloran a las páginas de la novela caballeresca con la misma gracia, vigor y realidad con que desfilan llenos de sorprendente donosura los tipos humanos de la época: estudiantes, labriegos, caballeros, venteras y aldeanas.

Ello quiere decir, señores, que el *Quijote* es ante el mundo la primera carta constitucional de la historia literaria, donde los atributos inalienables de la personalidad del hombre han sido recogidos por la pluma de dimensión más ecuménica que la de ninguno de los legisladores de importancia más universal.

Don Quijote representa la abnegación y el sacrificio por el triunfo de los derechos y de las virtudes donde los ve negados. Con la arrogancia de su corazón y el ímpetu de su lanza se aventura por los caminos del mundo para restaurar el imperio de la justicia y de la libertad. Sabe sufrir por las desventuras de los demás. Como ejemplo de mayor desinterés, tiene su centro de gravedad fuera de sí mismo. Es alma que gravita hacia la desdicha del prójimo para remediarla. Sus propias desventuras, los fracasos de sus arriesgadas empresas, la intervención hostil de los malignos encantadores que transfiguran las visiones de su imaginación calenturienta, no abaten los impulsos generosos de su ardor invencible para acometer las futuras empresas que se le vienen a la mano. Su vida se muestra como el reflejo del desinterés más acendrado.

En la época en que la noción del libre albedrío pudo estar pasajeramente oscurecida por las supersticiones, la moda de la astrología y la ingenua creencia en los vaticinios de los agoreros,

Cervantes defiende en su *Don Quijote* la doctrina incommovible. Pensad, por otra parte, en las lecciones de sutil ironía que nos dejó en las meditaciones de Sancho sobre la justicia de los malhechores de Roque Guinard. Es la misma tesis platónica de que en las empresas injustas los propios que las realizan deberán respetar entre sí las reglas de la justicia.

A través de todas sus páginas, en las solemnes afirmaciones del Caballero de la Triste Figura o en el inagotable refranero de Sancho se va configurando un pensamiento unitario, en el que destaca, como nota constante, la afirmación de aquellos principios que, como la dignidad humana, la libertad o la justicia, constituyen la armazón moral del humanismo espiritualista de Cervantes.

Una de las más eminentes virtudes políticas del Ingenioso Hidalgo es su estímulo poderoso para la acción. Jamás deja ganarse la mano por el tiempo. Avanza delante de él, combatiéndole con el mismo denuedo con que lo hiciera con los molinos. La empresa del Quijote se nos aparece como esencialmente dinámica. Es una vida acometedora, incansable, de acción. Dijérase que en ella Cervantes quiere alzarse simbólicamente contra lo que luego habría de ser el letargo político de la indiferencia nacional. Frente a la inhibición de los hombres, ante la gran aventura de la historia, Cervantes lanza su *Don Quijote* cada jornada en busca de un menester distinto, de un quehacer renovado, como si España estuviese en trances ya de que la removiesen en el alma dormida las banderas luminosas del entusiasmo y de la ilusión. Así, cuando *Don Quijote* ha de salir al mundo, como paladín del honor y de la virtud, «lo primero que hizo fué limpiar unas armas, que tomadas de orín y llenas de moho luengos siglos había que estaban puestas en un rincón». (Tomo I, capítulo I.)

¡Cuántas veces España ha tenido arrinconadas en el olvido las armas de su propia grandeza, con las que habría de conquistar no imperios, ni poderíos materiales, sino un ideal que el tiempo no marchite o una gloria trascendente o inmortal!

España debe tener prestas las armas de su espíritu para el combate incruento de la justicia y de la verdad. Para *Don Quijote*

las armas son el mejor instrumento de la paz. Y hacia la paz del mundo lanza hoy España el gran símbolo de este personaje de la Mancha, como dando a entender que sólo cuando se libra uno de las ataduras que le aprisionan a la ley del egoísmo material, cobra alas el espíritu para remontarse a alturas siderales, desde donde la serenidad da al corazón humano una mayor comprensión para entender las leyes que rigen la armonía y el entendimiento entre los hombres y los pueblos.

De los más generosos sentimientos, como de un bálsamo espiritual, están unguadas todas las páginas del *Quijote*. Escrito con intención satírica —ha dicho Concha Espina—, trasciende y se remonta de tan pobre nivel hasta convertirse en espejo purísimo de la Humanidad entera, en síntesis grandiosa de lo ideal y de lo real. La compasión y la dulzura brotan a raudales de esta burla sin hiel; una risa llena de lágrimas no da en el rostro, sino en el corazón. Los más vulgares episodios, los tipos más viles y groseros, las realidades más torpes y crudas, adquieren de súbito un interés sobrehumano, y se bañan y se limpian en el ambiente luminoso y estético del *Quijote*.

La tolerancia y la ternura se extreman y afinan al pintar retratos de mujer. Su delicada sensibilidad, sus ideas platónicas, su espíritu cristiano y caballeroso fueron parte a crear una de las más variadas ginecografías del arte español, tan rico en imágenes y caracteres femeninos. En torno al rostro avellanado y enjuto del hidalgo manchego bulle una multitud de mujeres, nobles o rústicas, discretas o simples, de muy diversa condición; pero unidas todas por el lazo común de la simpatía, por un íntimo y cordial sentimiento de indulgencia y ternura. El honesto y señoril apartamiento de la pastora Marcela; el valeroso arranque de Zoraida; la flaqueza de Camila, justo castigo del Curioso Impertinente; los ocios y donaires de la Duquesa; la pasión de Dorotea; el desenfado de Altisidora; la fidelidad de Luscinda; todos estos rasgos y otros muchos, que, entre veras y burlas, trazó Cervantes en su *Quijote*, revelan cómo penetraba Don Miguel en el alma de la mujer y con qué viva misericordia sabía amar sus virtudes y perdo-

nar sus yerros. El heroísmo tradicional, los antiguos ideales caballerescos, erigidos en orden cristiano y militar para restablecer en el mundo el amor y la lealtad laten profundamente en las entrañas del *Quijote*, porque bien sabía Cervantes que después del santo no hay figura más venerable que la del héroe. Y héroe máximo es nuestro inmortal Don Quijote, símbolo de españoles afañes, arquetipo de ideas políticas, héroe de acusado perfil humano, amador de toda justicia, respetuoso ante la autoridad, hidalgo entre los señores, y sobre todo caballero, que hizo de su Dama el eje del respeto a la mujer.

¡Qué sutil enseñanza de hidalga convivencia nos ofrece la figura del Hidalgo Manchego! ¿Qué importa que el mundo califique con menosprecio su alucinada fantasía, si en su lenguaje, su compostura y su alto espíritu de sacrificio da a todos la norma de un ejemplo que sólo puede estar apoyado y robustecido por la razón? Infima índole la de una sociedad que califica de locura el espíritu de sacrificio, el denuedo ante la adversidad, la templanza ante las pasiones o la prudencia ante la ira injusta de los demás. Pasados los siglos, la herencia de aquel mundo social que se burlaba de Don Quijote llega, extramuros de nuestra Patria, a hacer que la ignorancia o la maldad vuelvan a querer descubrir una sinrazón en la equilibrada y serena cordura de España.

El ser espejo de caballeros obligó a Don Quijote a sacrificios sin cuento. El ser en el mundo símbolo de la hidalguía es reconocer lo arduo de una tarea en un ámbito donde la mezquindad humana pone en la luz de la inteligencia las nieblas de un tenaz apasionamiento.

Don Quijote luchó contra los molinos, porque los creía gigantes, y se plantó con su vieja y mohosa lanza frente a la puerta abierta del carro de los leones, porque a su espíritu de caballero le estaba negado el derecho a la provocación. Esperó firme ante la fiera, apoyado en las razones que le dictaba su corazón, que eran sin duda mucho más poderosas que el hierro de su lanza, pero que robustecían con vigor milagroso la endeblez de su heroico brazo.

Mejor que en ningún otro radica en esta noble apostura del Caballero de la Mancha el símbolo de la vida española. Y así, España repite cada día por el ancho horizonte del mundo el eterno ejemplo de su vida esforzada y soñadora. Por desconsolador que sea el espectáculo del sombrío paisaje universal, España, otra vez segura de su destino y del brazo de su Don Quijote, proclama su fe en el triunfo de la paz y de la justicia y confiada aún en la bondad de los hombres, se niega a creer que alguien pueda calificar la defensa de la dignidad y del honor como atributos deleznable de la locura.

Toda la ideología del *Quijote* —el mejor código de la convivencia humana— integra y forma una cantera inmortal, que es, dígame lo que se quiera, el espíritu permanente de España. Este tesoro, que se nos entregó como un legado de honor, fué el que defendimos, arrebatados de patriotismo, con las armas de nuestra Cruzada, y que ahora, en promisorios alertas, mantiene sin declives el Gobierno de Franco. Por nada ni por nadie, que no sea nuestra propia tradición histórica, hemos de abandonar nuestra postura. Una postura que no es, aunque lo parezca, ocasional. Al contrario: tiene fundamentos de siglos, y nos va en ello nuestra propia razón de ser y, lo que es mejor aún, nuestra propia personalidad. Esa personalidad está, palpitante y severa, como un río en pie, en la obra total y fabulosa de Cervantes. El tiempo no ha hecho más que proyectarla hacia lo exterior y tupirla en lo interior. En esa proyección palpita lo más preclaro de nuestro orgullo. Poco importa la justicia del momento, si al remontar de los años, otros hombres, con el mismo pretexto de hoy, ponen en alto la magnitud de nuestro esfuerzo y la limpieza de nuestra gloria.

Por eso es legítimo envanecerse de estos actos fecundos en torno a Cervantes, que tratan, fundadamente, de cuidar los símbolos de un pueblo no incomprendido, sino ignorado. Apenas si interviene para esa ignorancia el postulado de su política. España, por esos valores inesquivables de su espíritu, que se oponen a toda enseñanza anticristiana, sería denostada y combatida. Después de to-

do, es el sino de nuestra misma existencia. Vamos siempre, la cruz y la espada en alto, no como una expiación, sino, lo que vale más, como una manera de ser, como una fórmula de expresión, padeciendo persecuciones y falsías, pero dejando atrás, a la postre, los surcos bien amados de la paz.

Porque la paz, como dijo el gran Benedicto XV, está en los hombres, y, por lo mismo, no habrá paz en tanto los hombres no aquilaten sus valores humanos. Y esos valores, huelga señalarlo, son la flor de la convivencia, de la justicia, del amor, que está, perfumando el logro, de dentro afuera y de arriba abajo, en la obra impar de Cervantes. La paz es también, en el mismo sentido cristiano, lo que Dios quiere, pero Dios quiere a través del hombre, como su hechura más perfecta. Y no alumbra la paz en el hombre si éste no es un dechado de renunciación, de trabajo y de caridad. La paz es todo eso: sacrificio, labor y desprendimiento. Con sólo la conquista material no hay paz en el orbe. La paz está en el espíritu. Para que intervenga en lo fugaz y deleznable de la vida, ha de proceder de lo más hondo y risueño del corazón de las criaturas. De ahí que mientras el hombre no se reforme, no se regenere, es inútil intentar, con máquinas ni con economías, instaurar la paz.

La paz, señores, proviene, asimismo, de las grandes obras de la inteligencia del hombre. Puede más el *Quijote* por la paz del mundo que todas las fuerzas acorazadas de la industria bélica. Con una diferencia incalculable: que mientras los imperios se derrumban, sólo las obras del espíritu se mantienen inalterables y bellas.

SOBRE LAS INTERPRETACIONES *del* QUIJOTE *

Por JOSE MARIA PEMAN

CON ocasión del IV Centenario de Cervantes se ha convocado esta Asamblea Cervantina de la Lengua. Hemos llamado a ella a todos los estudiosos de cualquier parte del mundo, sin preferencias ni distingos, que tengan algo que decir en la materia. Y estas viejas piedras pensativas de Alcalá de Henares les reciben con amor y sin asombro, porque no hay universalidad, por ancha que sea, que pueda asombrar a este viejo rincón de Castilla, unido históricamente al nacimiento del autor del *Don Quijote* y al nacimiento de la Biblia políglota complutense. Es decir, vinculado a la raíz de los dos libros más universales de la Historia, en lo divino y en lo humano; de los dos libros que, encarando todo el problema del hombre, frente a Dios o frente a la vida, tienen asegurado en todas las almas y en todos los países una cordial acogida y una fervorosa aclimatación. Por eso se ha llamado a estudiosos de todas partes, de todas las lenguas y de todas las culturas, sin otro denominador común que aquel que significa el letrado que, parodiando

(*) Discurso pronunciado por D. José María Pemán, Presidente de la Academia de la Lengua, en el paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, con ocasión de inaugurarse la Asamblea Cervantina.

el de la Academia platónica, podríamos hoy escribir a las puertas de esta Universidad: «Nadie entre sin amar a Cervantes», porque ese solo amor, única credencial que hemos exigido, es por sí solo garantía suficiente, no ya de un grado de cultura, sino de lo que vale más, de un nivel de moral, de una madurez en el sentido pacífico y tolerante del amor a los hombres y de comprensión fervorosa de los problemas de su intimidad. Alternan, como habéis visto, en el programa de esta Asamblea, los temas estrictamente técnicos y lingüísticos y aquellos más amplios, más genéricos, enfocados hacia una exégesis de la gran obra cervantina. Quisiéramos que en la primera parte, de un modo preferente, aunque no exclusivo, nos refiriéramos a los temas lingüísticos más estrictos, aunque, naturalmente, éstos sólo reciban en ella un primer impulso motor, puesto que por su volumen ello ha de ser nada más que simiente de futuras elaboraciones y fecundidades. Este tratamiento común del castellano, de un lado y otro de ambos mares que nos proponemos en esa parte de la Asamblea, nos llevará a conclusiones fundamentales acerca del idéntico sello dualista que en uno y otro lado lo sella, como a todas las cosas hispánicas siempre partidas entre un sentido centrípeto de unidad y un sentido centrífugo de variedad o diversidad, como reflejo de nuestra trabajosa y difícil formación unitaria, romana, sobre un fondo primitivo, ibérico, tribal y africano. Lo he dicho otras veces que es ése el sello de nuestra raza. Pueblo unificado con dificultad, campo urbanizado a la fuerza, pueblo donde las encinas rústicas llegan hasta la puerta misma de la Corte, o somos regionalistas o ecuménicos; o comuneros de Castilla o capitales de Flandes; o nos vamos a América y al Concilio de Trento, o nos quedamos caciqueando en nuestra aldea; o nos disparamos hacia la universalidad y lo ecúmeno, lección eterna de Roma, o recaemos en la tribu, eterna tentación de Africa. Y por eso todos nuestros productos genuinos y expresivos de nuestras grandes épocas han estado fundados en esta doble zona de equilibrio, y serán el Góngora de las letrillas y de las soledades, el Quevedo de los sonetos casi marmóreos y de los romances casi plebeyos, la mística de los donaires populares de Santa Teresa y de

las profundidades doctorales de San Juan, o la América de los academicismos de Cuero y de Bello y de los popularísimos de Hernández y Descasuvi, la expresión propia de un pueblo donde todos los humanismos y excelencias del Renacimiento se instalaron en una corriente vital e impura propia de un pueblo que prolongaba todavía la edad heroica. Esta es España en su gran momento. Dioses y mendigos en la pintura, héroes y graciosos en el teatro, místicos y pícaros en las letras, y ésta es, y lo veremos cuando estudiemos su fórmula especial, toda la fórmula expresiva de Cervantes, una equidistancia entre lo popular y lo culto, un equilibrio salvador que en proporción con el espíritu de la novela, hecho todo de arranques idealistas y llamadas a la sensatez, hace que así como cuando España se iba haciendo demasiado afrancesada o europeizante, la salva una alcaldada del monterilla de Móstoles, del mismo modo cuando al estilo de Cervantes se lo van llevando demasiado lejos los neoplatonismos o las fórmulas pastoriles o caballerescas, cuando se va haciendo demasiado culto o latinizante, lo salva una alcaldada de un romancillo popular o de un refrán manchego de Sancho. Esta es la fórmula de Cervantes. Todos los polos y todos los cobres que contribuyeron a la aleación de este buen metal del alma española, que sonó luego tan limpio y bellamente en la piedra de toque de la Historia universal. Y cuando, siempre, pero especialmente en la segunda parte de esta Asamblea, estudiemos los temas genuinamente de exégesis cervantista, nos daremos cuenta de que ese dualismo de su expresión exterior no es sino reflejo del dualismo y equilibrio interior que inspira toda la obra. Hasta su puesto en nuestra literatura está centrado en ese equilibrio dentro del esquema de nuestros productos genuinos. Podría trazarse ese esquema así: arriba, la mística; abajo, la picaresca; a un lado, el romancero; a otro, el teatro. Esta es la rosa de los vientos de España, la cruz de veleta que señala todos los ímpetus y ambiciones del alma nacional, y por eso todo el estudioso que quiera conocer ésta en su esencia genuina tendrá que ir a buscarla inserta en esos cuatro ángulos que forman la horizontal del heroísmo al ser cruzada de arriba abajo por esa vertical que va desde los abis-

mos de la picardía hasta las cumbres soleadas del amor de Dios. En el centro de esos cuatro ángulos, en el punto de cruce de todas las corrientes realistas e idealistas de nuestro espíritu, es donde está esa expresión total que es el *Quijote*. Ese equilibrio mismo ha hecho que se perturbe un poco durante siglos la comprensión sencilla de su expresión íntima y fundamental. Del *Quijote*, a través de los siglos, se ha dicho un poco todo, y a estas alturas podríamos aplicarle —lo dije en una ocasión en el Ateneo, cuando traté más ampliamente el tema de sus interpretaciones varias—, podríamos aplicarle aquellos versos de Alberto Lista, en la obra *Crucifixión de Cristo* :

Temblad, humanos. Todos en él pusisteis vuestras manos.

Ponen todos sus manos en el púgil que sale en triunfo del estadio. O ponen todos sus manos en el Redentor que va conducido al patíbulo. Y así, cuando todos ponen sus manos sobre alguien, al cabo de los siglos acaba por no saberse si aquello es una apoteosis o es un linchamiento. De ese *Quijote* así manoseado por todos, así un poco linchado o un poco exaltado por las generaciones, querría yo que en esta Asamblea avanzáramos unos pasos hacia su comprensión más cordial y sencilla. Será posible aplicándole una vista limpia de prejuicios, porque así, a poco que nos fijemos, encontraremos de antemano, antes de tanta complicación, el *Quijote* sencillo de la intención de Cervantes, que lo escribió creyendo casi al principio que escribía un pasatiempo, y después de tanta complicación de la vuelta, volveremos a encontrar el *Quijote* sencillo de la comprensión media y vulgar de los hombres, que se entienden perfectamente cuando hablan de quijotismos, o dicen una qui-jotada, o éste es un Quijote. Y así, por muy sinuosa que sea la línea intermedia de los comentarios y de las exégesis, yo creo que puede caminar sin riesgo de pérdida o extravío desde esa sencillez primera hasta su última sencillez. Porque hay un *Quijote* último, de sencilla belleza humana, que es aquel *Quijote* que le gustaba recitar en alto al poeta Enrique Heine, paseando por los jardines Dusseldorf. Decía él, «para que así los pájaros y las flores, criatu-

ras elementales anteriores a la ironía de los hombres, tomen el texto absolutamente en serio y lloren conmigo las desgracias del caballero». Yo querría que en esta Asamblea trabajáramos con la vista puesta en ese último *Quijote*, sencillo y humano. Por azares de la vida académica, señores asambleístas, no os preside un erudito cerradamente comprometido con la técnica; os preside un poeta, todo lo modesto que queráis, pero ése es su oficio, que hace suya, desde esta primera lección y sesión de la Asamblea, aquella letanía del inmortal poeta hispano-americano, el más grande poeta de la raza en estos tiempos, Rubén Darío, cuando en la *Letanía de Don Quijote* decía :

De las blasfemias, de las Academias, libranos, Señor.

Inscribamos el propósito de hacer nuestro trabajo austera-mente académico, pero inscribamos también el propósito de no blasfemar nunca contra la belleza y contra la poesía y de no marchitar nunca con nuestra manipulación científica ese último *Quijote*, de desnuda belleza humana, que era el que le oían recitar a Enrique Heine los pájaros y las flores de los jardines de Dusseldorf.

Dije que en el arranque primero de la concepción de Cervantes había una idea sencilla de pasatiempo, y no lo digo por mí, porque él lo dijo claramente en el *Viaje al Parnaso*: «Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo al pecho melancólico y dolido.» Hoy nos parece esa palabra casi sacrílega por su desproporción con lo que en definitiva nos dió. No quiere esto decir, como se ha dicho, que tenga el *Quijote* poco menos que una raíz mística de absoluta inconsciencia en su composición. Pero sin llegar a esta exageración, sí es evidente que una de las dos fundamentales vertientes del Renacimiento, la que es pareja de la otra, que es su riguroso racionalismo, es la de su espontaneidad naturista. La de su ciega vitalidad creadora, y en ese sentido sí es evidente que las dos fundamentales empresas humanas que abren y cierran nuestro Renacimiento, la de Miguel de Cervantes, después, y primero la de Cristóbal Colón, se consumaron en una especie de ciega embria-

guez creadora, sin valorar exactamente la medida de los logros conseguidos, porque uno y otro sí murieron persuadidos de haber alcanzado unas doradas Indias, pero sin darse exacta cuenta, ni uno ni otro, de que en realidad habían descubierto un nuevo mundo para la Humanidad. Por eso, por esa raíz de primera inconsciencia, ese nuevo mundo de Cervantes ha llegado hasta nosotros interpretado parcial y lateralmente, tanto más cuando es una obra irónica, construída, por lo tanto, como toda obra de ironía, sobre dos zonas: una zona oscura, deprimente y crítica, y una zona luminosa, estimulante e idealista. Ha llegado a nosotros, hasta la generación pasada, con interpretaciones apoyadas con exclusivismo en una y otra zona, o sea un *Don Quijote* demasiado enfocado nada más que hacia las caídas, los batacazos y las palizas del héroe; otro demasiado enfocado nada más que hacia Dulcinea, o Clavileño, o sus arremetidas ciegas e idealistas. El uno, demasiado propicio para desembocar en un pesimismo paralizante, y el otro, demasiado propicio a desembocar en un idealismo irreflexivo. Es el *Quijote* de la generación pasada, o más de la antepasada. El uno, demasiado propicio a sentarse en los cenáculos de los intelectuales que habían decretado la irremisible decadencia de España, y el otro, demasiado propicio a marchar alegremente al frente de los pelotones que iban a cualquier ruina arrullados por el chinchín de cualquier música patriotera. Pero no hemos llegado en este centenario a una época de equilibrio, a una época de síntesis, mucho más rigurosa en sus enfoques históricos, y, sencillamente, al *Quijote* hay que colocarlo en su momento histórico, que es la sutura y enganche entre la continuidad de los valores de nuestra edad heroica y las aportaciones humanas, críticas y moderadas, de nuestro Renacimiento. Era un momento de crisis, un momento de límite. España acababa de vivir una época de euforia absolutamente imperial, en la que no se sentía a sí misma, como el cuerpo sano no siente sus propios órganos; pero el Imperio, que con Carlos V era tarea de creación que había que realizar a caballo, como lo pintó Tiziano, con Felipe II era tarea de conservación, que había que realizar deshojándose hasta altas horas de la madru-

gada la luz de la palmatoria en su mesilla de burócrata, y los españoles somos mejores guerreros que burócratas. Y por eso fácilmente empieza a resquebrajarse esa unidad y empieza a nacer dentro de nosotros la sensación cenestésica del cuerpo que certifica su salud quebrantada, que se siente a sí mismo y que anuncia ya la angustia con que dentro de poco a Góngora le va a doler el estilo, a Quevedo le va a doler la Patria y a Cervantes le va a doler la vida.

Sí, colonizamos a América, pero escribimos el libro del Padre Las Casas. Fundamos la Compañía de Jesús, pero con el Padre Mariana escribimos el *Libro de las enfermedades*. Hicimos nuestro teatro grande y clásico, pero con Lope de Vega, en su arte nuevo, lanzamos su mayor reparo. Hicimos hazañas y aventuras y escribimos poemas y libros de caballería, pero escribimos el sentido crítico del *Quijote*, y ante este dualismo ya no quedaban más que dos caminos: o prolongarle desesperadamente el lado heroico del dilema en un mundo de ficción, y entonces, como ya lo que ayer eran evidencias se han convertido en problemas, nace el drama, que se llamará Lope de Vega, o apoyarse decididamente en la parte crítica del dilema, y entonces, encarándola con sonriente verdad, nace la ironía, que se llamará Cervantes. Son los dos regímenes de las dos grandes figuras del espíritu de la época. Lope de Vega, soldado de la Invencible, se daba cuenta en la borda de aquellos barcos de lo que se perdía con aquellas naves que se hundían ante sus ojos entre nimbos de plata temblorosa, y, tapándose los ojos con su capa española, y refugiándose en el mundo de la ilusión, decide, al volver a España, inundarla con aquel teatro suyo, enorme, gigantesco, angustioso, como los restos de un naufragio, en el que Lope pretende a la desesperada reconquistar con las letras todo lo que las armas habían perdido ante su vista en el gran tablero azul del Canal de la Mancha. Pero, en cambio, Cervantes, el gran soldado de Lepanto, que ya no va embarcado en la Invencible, al que le coge la noticia del desastre yendo y viniendo como alcahalero por las llanuras de la Mancha, se pone a escribir melancólicamente por llanos y veredas y por mesones el libro del hidalgo

loco que se da unas costaladas porque arremete contra unos molinos de viento, creyendo que eran unos gigantes. Ahora bien : ¿quiere esto decir que el *Quijote* está construído sobre una zona pesimista, o está construído sobre una línea crítica, o que debe prolongarse este criticismo como se ha hecho hasta insertarlo en los criticismos heterodoxos de la época, diciendo incluso que era un erasmista Cervantes y que se construía una política de prudencia para con ella disimular la abstracta heroicidad de su pensamiento íntimo? No. El criticismo de Cervantes no viene tan bajo, sino se queda en el nivel medio, que representaría en él la tierra de la Mancha, del equilibrio humano, o sea que el *Quijote* es, no el héroe que se desfonda en la desilusión, sino que cae en la tierra. El héroe que desciende hasta el hombre. Esa es la fórmula definitiva del *Quijote*. Acaso sus capítulos de madurez, mucho menos citados ordinariamente, y para mí de los más conmovedores, son aquellos en que el héroe se acerca, después de venir de las llanuras interiores, a Barcelona, y al recibir sobre sí el áurea del Mediterráneo, el mar donde había nacido *Tirant lo Blanch*, el único libro de caballería que por su equilibrio él había salvado en el escrutinio, todo se modera en el libro, las burlas se hacen más ponderadas y todo termina en aquel momento, lleno de emoción, en que en la casa de Antonio Moreno es sacado el héroe, sin sus armas, en calzas y jubón, al balcón para que se rían de él los muchachos. El héroe, desnudo de sus armas, en su pura humanidad, enseñado a las turbas. La literatura ha perdido el héroe, pero ha ganado al hombre, al hombre que poco después va a morir en su cama, confesándose, haciendo testamento y proclamando al morir : «Ya no soy Don Quijote de la Mancha, ya no soy más que Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron el sobrenombre de *el Bueno*. Momento inaugural de la literatura moderna. Ya podían romper sus plumas los autores de *Amadises de Gaula* y de *Flodiseles de Níquea*. Pero, en cambio, ya podían ir afilando la suya los Dickens, y los Ibsen, y los Dostoyesky, y los Pereda, y los Galdós, todos los que en el futuro habían de cantar esa lucha y ese conflicto, no menos heroico, entre la estatura de nuestros ideales

y las mentidas posibilidades de nuestra Humanidad. Pero lo que ocurre, sencillamente, es que aun así estos hombres del mundo de ficción futuro que han de pelear por ese ideal, por la gran estatura de sus ideales y por la fuerza de su lucha, serán el *Brand*, de Ibsen; serán el *Fausto*, de Goethe; serán una porción de seres de mil cataduras distintas, y muchos incluso desviados, pero todos de linaje quijotesco, que lucharán por ese ideal y que de vuelta, aun apaleados y vencidos, reingresarán en la compañía de los héroes y vuelven a instalarse en el mundo de la epopeya. Así es como de vuelta en ese sitio quedará para siempre el *Don Quijote*. Por encima de todo claroscuro irónico, el *Quijote* está vencido y ladoado del lado del gigante frente al molino, del lado estimulante y del lado luminoso, entreverado con un claroscuro de ironía. Sí. Pero es que ése es el modo que el mundo tiene de conocer a los héroes. En el mismo libro se verifica este tránsito claramente. En la primera parte, las aventuras surgen espontáneamente por la iniciativa del héroe. Es él el que acomete a los molinos o el que acomete a los rebaños. En cambio, en la segunda parte, ya es recibido como tal héroe por el mundo, y ya es en los duques o es el bachiller Sansón Carrasco, los que crean el clima de sus aventuras. Ya no inventa él sus aventuras, se las inventan. Es decir, que ya el mundo le recibe como tal héroe, porque éste es el modo que el mundo tiene de reconocer a los héroes perpetuamente. Los políticos montan sus grandes instituciones, escépticamente muchas veces, para engañar a los quijotes de la libertad, y para engañar a los quijotes de la paz montan los otros sus tinglados internacionales, y para engañar a los redentores de las masas montan algunos sus revoluciones, escépticamente y sin fe. ¡Que muchos, sí, los falsos creyentes, montan muchas veces sus morales acomodaticias y sus burocracias espirituales, pretendiendo engañar al propio Dios! Pero en estos engaños va como implícito un homenaje al héroe o al soñador, que es el que va dando siempre el nivel último y la meta de la Humanidad. Porque lo mismo ante el soñador que ante el *Quijote*, como ante Cristo, el *Inri* que en definitiva la Humanidad escribe sobre su cruz, creyendo ser el pasquín de una

burla, acaba por ser la proclamación de una realeza. En esa realeza es en la que tenemos que colocar para siempre al *Don Quijote*, que es también la realeza del quijotismo de España, que nunca ha sido reconocida de otro modo, sino de ese modo indirecto, de esa zona oscura que acompañaba al idealismo de *Don Quijote*. A estas alturas del mundo, señores asambleístas, nosotros no lloramos ningún irredentismo de praderas verdes ni de húmedas cornamusas montañosas, pero lloramos el irredentismo de zonas enteras de nuestra verdad histórica. A nosotros no nos han arrancado ningún pedazo de nuestro cuerpo, pero nos han arrancado pedazos de nuestra dignidad nacional. A nosotros no nos debe el mundo ninguna de esas complicadas contarrañas internacionales, que yo no entiendo, y que por ahí hay, pero nos debe la honra y la comprensión de nuestro Loyola, y de Felipe II, y de nuestro *Don Quijote*, y nos la deben porque todos ellos pelearon por la redención del género humano, en todos sus sentidos en el mundo de la política, o en el mundo de la fe, o en el mundo de la ficción, y el destino de todos los redentores es el de subir a la cruz, acompañados por los salivazos de los propios beneficiarios de la redención. Quede, pues, de este modo resumida toda mi breve exégesis del *Don Quijote* cervantino. Por encima de todo claroscuro, Quijote y quijotismo son palabras estimulantes. Sancho Panza y sanchopancismo, palabras deprimentes. Y Dulcinea es lo que se añade a la mujer amada que no es amada del todo hasta que no es un poco Dulcinea. Y el ama, y la sobrina, y el bachiller son las conspiraciones de la mediocridad. Y Clavileño, el vuelo de la fantasía. Y el Retablo de Maese Pedro, el mundo de la maravilla. No hay que ir más allá. El quijotismo es un toque de luz que levanta la mirada española, porque de *Don Quijote*, parodiando a San Juan de la Cruz, podría decirse que al pasar entre las cosas vestidas, las dejó desnudas. Hace poco, en una revista americana, yo veía un molino de viento puesto como viñeta. ¿Cómo es posible que un artefacto de molienda haya llegado a esa categoría, al lado de lo que podía ser una paloma, un águila, un laurel? Es que el molino fué gigante un día por virtud de la locura de *Don Quijote*

y del arte de Cervantes, y ya fué gigante para siempre; mejor dicho, ya no necesitó ser gigante, porque su propia realidad, hasta ventosa y gesticulante de molino, quedó vestida para siempre de una gigantesca fuerza de maravilla y de idealidad. Y si le preguntamos a Aldonza Lorenzo en su aldea, nos dirá, como nos lo dijo en su pieza Gastón Batí, que ella tomó en serio su papel de Dulcinea del Toboso. Y si vamos a preguntar a Teresa Panza, allá, en su corralillo aldeano, nos dirá que bastaron unas palabras del paje recadero para hacer tantos estragos en su mente como los libros de caballería en Don Quijote, y que es de verdad la señora del Gobernador de la ínsula de Barataria. Y creo que si fuéramos a preguntar al propio bachiller Sansón Carrasco, que representa en el libro el absoluto equilibrio mental, nos confesaría al oído que él guardaba ya en la cómoda de su cuarto, en su último cajón, las armas y los espejos que le sirvieron para disfrazarse de Caballero de la Media Luna, y que algunas noches, cerrándose en su cuarto mientras digería su buena olla manchega de la cena, gustaba pasearse con ellos para recordar aquella escapatoria, burlesca si queréis, pero escapatoria al fin, al mundo de la caballería y de la ilusión. Esta es la herencia espiritual española. Quijotismo fué todavía el optimismo de Rubén cuando cantaba «ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda». Quijotismo era todavía ayer la tenacidad entusiasta de vuestro Premio Nóbel, Gabriela Mistral, cuando decía: «España, y si perder supieran, sólo España y Jesucristo, y el mundo todavía no entiende lo que ha visto.» Que entienda el mundo la verdad, que entienda aquel libro que la raza española ha dado al mundo. Es el libro del héroe tocado por un rayo de luz. Es el libro del hombre, del hombre, sí, que cuando se eleva a demasiada altura, arrastrado por el molino de viento o por el vuelo inmóvil de Clavileño, cae, sí, pero no cae más allá del nivel medio de la cortesía, de la sensatez y de la verdad. Que entienda esto el mundo, y habrá entendido ese *Quijote* humano, de sencilla y última belleza, que era el que oían recitar en alto a Enrique Heine los pájaros y las flores de los jardines de Dusseldorf.

HECHOS

LA CONMEMORACION DEL IV CENTENARIO DE CERVANTES

Jornada inaugural en Alcalá de Henares.

ALCALÁ de Henares vivió en la sesión inaugural de la Asamblea Cervantina uno de los días más emotivos de su larga y gloriosa historia. Franco, el adalid de la reconstrucción española, que va levantando con nueva vida el polvo muerto de las pasadas ruinas, visitó la ciudad. Alcalá entera vibró ante la presencia del Jefe del Estado, y los vítores en su honor pusieron el contrapunto más elocuente del silencio emocionado de aquellos muñones que perduran como desgraciado y aleccionador aviso del dolor de nuestra guerra.

Dentro del marco cervantino en que toda la jornada se desarrolló, tres puntos esenciales fueron como jalones firmes de los tres significados distintos que el acto entrañaba.

Primero fué la presencia del Jefe del Estado en la capilla del Oidor, reconstruída entre los escombros y dismantelados muros de la iglesia parroquial de Santa María la Mayor, para que sus mudéjares filigranas sigan guardando el tesoro significativo de la pila bautismal donde recibió las aguas bautismales Miguel de Cervantes Saavedra.

Primera etapa de la jornada inaugural. Jornada de vaticinios y de faustos pródigos. Frutos que no pueden faltar en ninguna presencia de S. E. el Jefe del Estado. Porque allí donde Franco llegue han de llegar con él las piedras ordenadas que devuelven un tesoro artístico a la riqueza espiritual de la Patria, o que entrega la ordenada arquitectura de una nueva construcción para la riqueza económica de España.

Alcalá, una de las ciudades más maltratadas por nuestra guerra de Liberación, una de las ciudades donde la dominación roja dejó más dolorosa y sangrante herida, espera aún mucho de la sabia política de Franco, para que otra vez sus muros encierren aquel venero de espiritualidad que hizo de la ciudad joyel de nuestro Imperio.

Más tarde, entre vítores y aclamaciones, S. E. visitó la iglesia de San Ildefonso, fundación del Cardenal Cisneros, aneja a la Universidad, donde reposan los restos de aquel famoso médico de Felipe II que por su arte y su ciencia fué conocido entre sus contemporáneos con el nombre del *Divino Vallés*.

Luego, en el paraninfo de la Universidad, entre los nombres gloriosos de los mejores ingenios que transitaron por las aulas de la Universidad complutense, se efectuó el acto académico de inauguración del curso escolar 1947-48. La Universidad española rindió su tributo de respeto y adhesión a Franco, y así lo expresó el Vicerrector de la Universidad Central, Dr. Lora Tamayo, cuando, como dijo el representante de los estudiantes en su discurso, uniéndose lo revolucionario a lo tradicional en este marco de glorioso pasado, los nuevos doctores de Ciencias Químicas y los nuevos licenciados en Ciencias Políticas y Económicas recibían sus atributos y dignidades, demostrando así de qué manera, hasta en lo puramente simbólico, es posible esta unión de lo tradicional y lo revolucionario, que inspiran la segura y eficaz política del régimen de Franco.

Finalmente, el Presidente de la Real Academia Española inauguró las sesiones del ciclo cervantino. En el estrado del paraninfo complutense, su magistral discurso, que publicamos en otro lugar,

viviendo una humana y poética comprensión del *Quijote*, fué como la voz entera de Alcalá pidiendo una exacta comprensión para el valor humano de sus hijos y sus obras.

Cuando Franco abandonó el recinto de la Universidad, mientras el primer sol de la tarde doraba la efigie del Señor, que remata la soberbia fachada plateresca, escuchaba ante él la voz del pueblo que le aclamaba y la voz de la Universidad que le sigue, aseguraba con su sola presencia la posibilidad de una urgente y total realización de este anhelo. Que Franco y la Cruzada Nacional fueron y son los últimos y definitivos empeños para encajar otra vez en su verdadero y auténtico camino aquella espiritualidad, fecunda y gloriosa, de que habló el señor Pemán en su discurso.

Homenaje a Don Juan de Austria en El Escorial.

El domingo 5 de octubre, los miembros de la Asamblea Cervantina de la Lengua se trasladaron al Real Sitio de El Escorial para visitar el Monasterio y depositar una corona de laurel en la tumba de Don Juan de Austria, cuyo cuarto centenario se conmemora también este año.

A las once de la mañana se celebró en la basílica del Monasterio una misa, que fué oficiada por el Patriarca de las Indias y Obispo de Madrid-Alcalá. Asistieron a ella los Ministros de Educación Nacional y de Marina, gran número de personalidades y asambleístas extranjeros, entre los que recordamos a los académicos holandeses Van Dam, Van Praag Vidos y señora; Henry Thomas y Alexander Parker, ingleses; doctor Castro Rojas, boliviano; monseñor Franceschi y don Carlos Obligado, argentinos; Farinelli y Bertini, italianos; Babelón, francés; monseñor Aníbal Carvajal, chileno; padre Cuevas y doctor García Naranjo, mejicanos; Antuña, uruguayo; don Julio Enrique Avila, ex ministro de Asuntos Exteriores de El Salvador; padre Espinosa Polit, ecuatoriano; señores Cuadra Chamorro y Barbosa, nicaragüenses.

Una corona en la tumba de Don Juan de Austria.

Terminada la ceremonia religiosa, los ilustres visitantes recorrieron detenidamente el Monasterio y el palacio, cuyas particularidades les fueron explicadas por el Comisario general del Patrimonio Artístico Nacional y el Conservador. La visita comenzó por la biblioteca y terminó con el panteón de infantes. Ante el monumento que guarda los restos de Don Juan de Austria, el Patriarca de las Indias rezó un responso, y a continuación los Ministros de Educación Nacional y Marina depositaron una gran corona de laurel, que la Asamblea Cervantina ofrece al infante de España en el cuarto centenario de su nacimiento. Finalmente, los concurrentes fueron obsequiados con una comida en el paraninfo del Real Colegio de Alfonso XII, ofrecida por el Presidente del Patronato del cuarto centenario de Miguel de Cervantes.

Brindis de los asambleístas.

A los postres hizo uso de la palabra el doctor Farinelli, italiano, quien dijo que se considera ciudadano de España, en la que ha estado muchas veces y a la que siempre amó profundamente, porque España es como una mujer a la que se quiere, se ama y siempre se desea.

Monseñor Franceschi, argentino, habló del mito de Anteo, y dijo que lo mismo que aquél, que en su lucha con los colosos recobraba la fuerza cuando se ponía en contacto con la madre tierra, «nosotros, que la hemos perdido al abandonar nuestros países, al venir a España la hemos recuperado al ponernos en contacto con la «tierra Patria» de España, la eterna civilizadora».

A continuación hicieron uso de la palabra los representantes de los países hispanoamericanos, quienes, en muy bellas palabras, se unieron a este reconocimiento de la Madre Patria.

El holandés Van Dam glosó con ingenio, lleno de afecto para España, aquella carta que Felipe II escribió desde Lisboa a su hija

Clara Eugenia lamentándose de que desde allí no podía oír los pájaros de El Escorial.

Mr. Thomas, del Museo Británico, dijo que él, como bibliotecario, debía practicar la virtud del silencio. Estamos en España, y esto basta para saber de la hidalguía con que nos han tratado.

A las palabras de todos ellos respondió el Presidente de la Asamblea, y a continuación lo hizo, en un bello discurso, el excelentísimo señor Ministro de Educación Nacional.

Antes, el bibliotecario Mr. Henry Thomas pidió a los reunidos una oración en silencio por los frailes del Monasterio asesinados durante la guerra civil española, cuya lista había contemplado al entrar en el colegio.

Discurso del Ministro de Educación Nacional.

«La inauguración en Alcalá de la Semana Cervantina constituyó hace unos días —comenzó diciendo el Sr. Ibáñez Martín— una fecha gloriosa para la cultura de España. Hoy tengo que añadir, abrumado por vuestras palabras, que éste es un día de devoción a las glorias españolas.

Todos, desde Farinelli a Thomas, habéis aludido unánimemente a la raíz cristiana de nuestra cultura y de nuestra historia. Hoy, como en los mejores tiempos de la España eterna, es justo decir que el espíritu de Don Quijote inspira nuestra política. Miramos ante todo a Dios. Queremos la paz; y porque la queremos sinceramente, tenemos que decir que la paz —la paz auténtica— sólo puede ser obra de la verdad y de la justicia, del respeto de los derechos y la soberanía de todos los pueblos, incluso de los más pequeños; de la concepción cristiana del mundo, que España está dispuesta a defender sin provocación para nadie, pero con una voluntad inmovible.

Gracias por vuestras palabras. Que Dios nos conserve por muchos años la vida de Farinelli, para bien de la cultura universal. A Franceschi, mi gratitud; cuando yo visité a América para proclamar, durante nuestra Cruzada, la verdad española, encontré en

él calor y aliento que no olvidaré nunca; la cultura argentina le debe mucho; la hispanidad, también. El padre Cuevas es una auténtica gloria mejicana y, por serlo, una gloria española.

Quiero expresar a Barroso mi devoción al Brasil, a quien tan dignamente representa, pueblo glorioso que ha heredado de Portugal lo mejor de su espíritu y es un baluarte firmísimo de la cultura occidental. Carvajal, chileno insigne, autor de una obra sobre la gesta del Alcázar de Toledo, ha repetido hoy aquí, con su discurso, la lección de amor a España, que tantas veces y con tanta gallardía ha dado antes de ahora.

Barbosa es nicaragüense de origen y norteamericano de nacionalidad; admiramos a los Estados Unidos y sabemos que son muchos los millones de súbditos de aquel país que conocen a España y la defienden con la verdad contra las mentiras y las calumnias de sus enemigos. Avila ha sido Ministro de Asuntos Exteriores de su patria salvadoreña y trabajó desde su puesto cuanto pudo por el triunfo de los ideales cristianos; el patrimonio espiritual de El Salvador —pueblo geográficamente pequeño— es tan grande, que, como españoles, no podemos menos de enorgullecernos de él. He de decir a Rojas, representante de ese país, que por su altitud tan cerca está del cielo, de Bolivia, que, efectivamente, las diferencias accidentales afirman con más fuerza la unidad en lo esencial y eterno y que los lazos de España con las naciones de América son por ello indestructibles. Y recordar a Antuña una frase que escuché a Eugenio Montes al acercarme con él durante un viaje a Montevideo: «El Uruguay es pequeño; también San Francisco de Asís lo era.»

Ni en historia, ni en política, es lícito otro camino que el de la verdad. Y la verdad nos dice que por encima de los errores episódicos de nuestros conquistadores se levanta esa realidad innegable y gloriosa de los pueblos hispanoamericanos, en los que subsisten las razas indígenas con una vitalidad que ha recordado elocuentemente el mejicano García Naranjo.

Van Dam se ve frecuentemente apurado para saber si es holandés o es español. Es uno de esos católicos holandeses que, al

igual que los católicos belgas, saben trabajar en su país con espíritu y con eficacia por la cultura auténtica.

Quizá, como de sí mismo decía Thomas, hubiera hecho yo mejor en callar aquí, donde tan hermosas palabras se han dicho, aunque sólo fuera para evitar comparaciones. Pero he creído que si vosotros proclamabais la verdad española con tanta cordialidad y valentía, con mayor motivo estaba yo obligado a hacerlo. Que Dios siga iluminando a Franco en su obra de verdadero progreso, de justicia y de paz social. Y que a vosotros os ayude a propagar por todo el mundo lo que sabéis de esta España, tan pobre en lo material como abundante de riquezas espirituales.»

Inauguración de la Exposición Bibliográfica Cervantina.

En la Biblioteca Nacional, y bajo la presidencia del Ministro de Educación Nacional, se verificó el 6 de los corrientes, a las cinco de la tarde, la inauguración de la I Exposición Bibliográfica Cervantina.

Al acto concurrieron numerosas y relevantes representaciones de todos los sectores de la intelectualidad.

El magno certamen constituyó una de las notas de más alta significación en la serie de actos conmemorativos del cuarto centenario del nacimiento del inmortal Manco de Lepanto, y en él se reunieron más de 2.000 volúmenes, fondos de la Biblioteca Nacional e interesantes aportaciones, entre las que se destaca la del conocido cervantófilo catalán señor Peris Mencheta y los manuscritos y referencias impresas de anteriores centenarios y conmemoraciones relacionadas con el Príncipe de los Ingenios y su obra.

Acompañaron en el acto al Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, el Subsecretario de Educación Popular, Director de la Real Academia Española y Presidente de la Asamblea Cervantina de la Lengua, Director general de Bibliotecas y Archivos, Director general de Bellas Artes, Director general de Radiodifusión, Director general de Prensa, Secretario de la Real Academia

Española, Decano de la Facultad de Derecho, Vicepresidente primero del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y el Director del Museo Arqueológico Nacional.

Asistieron al acto el Embajador de la República Argentina, señor Radío; el Ministro plenipotenciario de Colombia, señor Caballero, y otras representaciones diplomáticas.

Los prestigiosos intelectuales hispanoamericanos e hispanistas europeos que participaron en las tareas de la Asamblea Cervantina de la Lengua concurrieron en primer término a este solemne acto.

El Director de Bibliotecas y Archivos desarrolló un discurso, en el que estudió, como bibliotecario, la personalidad de Cervantes.

A continuación, el Ministro de Educación Nacional declaró, en nombre de Su Excelencia el Jefe del Estado, inaugurada la Primera Exposición Bibliográfica Cervantina.

Recepción en el Ayuntamiento

Con la mayor cordialidad se celebró la recepción ofrecida por el Concejo de la Villa a las ilustres personalidades que asistieron a la Asamblea Cervantina de la Lengua.

Inauguración de la Exposición de Lepanto en el Museo Naval.

En la mañana del día 7 de octubre fué solemnemente inaugurada por Su Excelencia el Jefe del Estado, acompañado de su distinguida esposa y de los Ministros de Marina y Educación Nacional, así como del Director del Museo Naval.

Terminada la visita a la Exposición, el Director del Museo Naval pronunció una encendida salutación a Su Excelencia el Jefe del Estado, que terminó así:

«Señor: El Museo Naval ha izado su mejor engalanado para recibirnos; y yo, como haría un capitán de galera de aquel tiempo, quiero decir muy alto y muy hondo:

Por muchos años la vida y el grande honor de mi señor, el señor Generalísimo, Caudillo y Almirante de España..., Dios guarde y mantenga.»

Acto seguido, el profesor de la Escuela Naval señor Prieto dió una interesante conferencia sobre la batalla de Lepanto, terminada la cual Su Excelencia el Jefe del Estado abandonó el Ministerio de Marina, siendo despedido con los mismos honores que a su llegada, y la multitud, que había ido aumentando durante el tiempo que permaneció Su Excelencia en el Museo Naval, lo aclamó con gran entusiasmo.

Procesión conmemorativa de Lepanto.

A las seis de la tarde del día 7 partió de la Catedral basílica de San Isidro la magna procesión conmemorativa de la batalla de Lepanto.

El aspecto que ofrecían las calles del antiguo Madrid que circundan el viejo templo de la de Toledo, era extraordinariamente brillante y popular a la vez. Interminables filas de público se alineaban a lo largo de dicha calle de Toledo y de todo el recorrido procesional.

A la expresada hora, la reunión de personalidades, representaciones y fuerzas militares en la calle de Toledo precedió a la organización procesional, que poco tiempo después avanzaba en dirección a la plaza Mayor, precedida por los batidores y banda de cornetas de Caballería.

Seguía la cruz de guía, que era la del Rosario de Santa María (Sevilla), acompañada por los faroles de la Cofradía de la Amargura, también de Sevilla.

A las ocho menos cuarto de la noche, y coincidiendo con la proximidad de la procesión al edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores, imponentes aclamaciones al Jefe del Estado y aplausos estruendosos anunciaron la llegada de Su Excelencia a dicho edificio.

Su Excelencia, que vestía el uniforme de Capitán general de la

Armada, fué cumplimentado en primer término por el Presidente de las Cortes, y entre el ensordecedor griterío de la muchedumbre, que no cesaba de aclamarle y aplaudirle, Su Excelencia y personalidades que le habían recibido ascendieron por la escalera central del palacio, que se hallaba soberbiamente iluminada y exornada, hasta el salón principal, denominado de Embajadores, desde cuyo balcón presenciaron el magno desfile.

Terminado éste, y al abandonar el balcón Su Excelencia el Jefe del Estado, la muchedumbre prorrumpió en sus aclamaciones a Franco y en sus aplausos, acrecentándose estas manifestaciones de entusiasmo cuando después abandonaba Su Excelencia, a las nueve de la noche, el palacio de Santa Cruz, siendo seguido largo tiempo por el afecto estentóreamente expresado por la multitud, que no cesó durante el recorrido de Su Excelencia, de regreso a El Pardo. Las fuerzas militares, al salir el Jefe del Estado del edificio, rindieron nuevamente los honores, interpretándose el himno nacional. El Gobierno se despidió de Su Excelencia en la misma plaza, y durante todos estos actos, el público no cesó en sus entusiásticos aplausos y aclamaciones.

Visita al Museo del Prado

El miércoles día 8 fué dedicado por los assembleístas a visitar el Museo del Prado, cuyas riquezas admiraron.

Clausura de la Asamblea Cervantina.

La clausura del primer período de sesiones de la Asamblea Cervantina de la Lengua Española, celebrada el 9 de los corrientes, revistió extraordinaria brillantez. El salón de actos de la Real Academia Española ofrecía un magnífico aspecto.

Presidió la ceremonia el Ministro de Educación Nacional, y con él el Director de la docta Corporación; el Patriarca de las Indias y Obispo de Madrid-Alcalá, y don Casto Rojas, como Vicepresiden-

tes del Pleno de la Asamblea; los señores Casares y Farinelli, como vocales; el Presidente del Instituto de Cultura Hispánica; el Director de Relaciones Culturales y los Subsecretarios de Educación Nacional y Educación Popular, y como Secretarios, los señores Balbín y Juliá.

Entre las personalidades que llenaban el salón se encontraban el Presidente de las Cortes, los directores generales de Bellas Artes, Prensa, Enseñanza Universitaria y Primera Enseñanza; el Presidente del Ateneo de Madrid; el Embajador de la Argentina, doctor Radío; el Presidente de la Diputación; el Director del Instituto Británico, Mr. Starkie, y los académicos señores Estrada, González Amezúa, Fernández Flórez, Martínez Kleiser, Ferrándiz, Ballesteros, Allúe Salvador, Ovejero, así como los miembros de la Asamblea Cervantina.

Abierta la sesión por el señor Ibáñez Martín, el Secretario de la Asamblea leyó las conclusiones, y seguidamente el excelentísimo señor don José Ibáñez Martín pronunció el importantísimo discurso que insertamos en otro lugar de este número.

Conclusiones de la Asamblea.

Tema I: *Vocabulario hispanoamericano*.—La Asamblea acuerda, en espera de importantes comunicaciones aún no recibidas, designar una comisión, formada por los académicos don Eduardo Caballero Calderón, don José Guillermo Antuña y don Julio Casares, para la redacción definitiva de las conclusiones de este tema.

Tema II: *Léxico de Cervantes*.—La Asamblea acuerda manifestar la urgente necesidad de que se emprendan los trabajos para el estudio y redacción del *Léxico de Cervantes*, y sugiere la posibilidad de que tales tareas, bajo una dirección común, revistan carácter colectivo, mediante la colaboración de los seminarios de Lingüística y de Literatura de las Universidades.

Tema III: *Filología hispanoamericana*.—1.ª La Asamblea acuerda reconocer por unanimidad la conveniencia de que todas las co-

comunidades políticas de lengua hispánica comiencen los trabajos necesarios para la redacción del *Atlas Lingüístico* de su país. Señala asimismo el interés de que estas investigaciones se lleven a cabo en el área lingüística de las islas Canarias.

2.ª La Asamblea Cervantina declara que la lengua española, parte primordial de los fundamentos espirituales en que se asienta la civilización de Occidente, debe tener órganos propios para su estudio sistemático y exhaustivo en aquellas materias que por la gran diversidad de la filología moderna no afectan a las que secularmente viene tratando con tanto acierto la Real Academia Española.

3.ª Asimismo, manifiesta por unanimidad la Asamblea que las investigaciones lingüísticas españolas deben fundarse sobre la doble integración colaboradora: de los estudios españoles y americanos, y de los hispanistas con los especialistas científicos y con los especialistas académicos. Esta colaboración debe comenzar por la fundación en España del Instituto Miguel de Cervantes, de Filología Hispánica.

Otras conclusiones.—1.ª La Asamblea acuerda por unanimidad manifestar la vital urgencia que las películas cinematográficas se sometan en cada país de habla hispánica a la censura de los organismos académicos, para salvaguardar así la unidad fundamental del idioma español.

2.ª La Asamblea acuerda recomendar la redacción de *Vocabularios profesionales*.

3.ª La Asamblea resuelve que en la celebración del nacimiento de Miguel de Cervantes se reunirá cada cinco años, y en la primera quincena del mes de octubre, la Asamblea general de la Lengua Española, formada por delegados de la Real Academia Española, de las Academias americanas y de los profesores de Filología Hispánica, a efectos de deliberar sobre los temas relativos a los problemas lingüísticos de la comunidad de lengua española.

Esta Asamblea general se reunirá por primera vez en la ciudad de La Paz (Bolivia), el mes de octubre de 1948, y las ulteriores

Asambleas tendrán su sede, por turno de rotación, en las capitales de las 22 naciones que integran la Hispanidad.

La Real Academia Española de la Lengua ejercerá el patronato de esa Asamblea general, con todas las facultades necesarias para promover su organización.

4.ª La Asamblea acuerda por unanimidad otorgar un voto de gracias a la Comisión organizadora de las celebraciones realizadas con ocasión del IV centenario del natalicio de Cervantes.

LA ENCOMIENDA DE

ALFONSO X EL SABIO
A UNA POETISA CUBANA

EN la tarde del 12 de noviembre pasado los salones de la Embajada de Cuba en Madrid fueron escenario de uno de los más bellos actos de confraternidad literaria últimamente celebrados. Allí, en un ambiente de arte y de simpatía, en recepción ofrecida a un grupo de poetas y escritores españoles por el Encargado de Negocios de Cuba en Madrid, Sr. Corpión, y su bella esposa, tuvo lugar el acto de la imposición de la Encomienda de Alfonso X el Sabio a la gentil e ilustre poetisa cubana Dulce María Loynaz.

Le fué impuesta tan alta condecoración a doña Dulce María Loynaz por el Ilmo. Sr. Director general de Propaganda y Presidente del Ateneo Científico y Literario de Madrid, don Pedro Rocamora y Valls, que ostentaba en el acto la representación del excelentísimo señor Ministro de Educación Nacional. Reunidos los invitados en el gran salón de recepciones de la Embajada, el señor don Pedro Rocamora pronunció el siguiente discurso:

«Tengo que agradecer a la Providencia la inmerecida suerte de representar en este acto al Ministro de Educación Nacional para imponer a la admirable poetisa Dulce María Loynaz la Encomien-

da de Alfonso el Sabio, que el Gobierno de España le concede como símbolo y testimonio de la estimación profunda que siente por su obra literaria y, si ello fuera posible, como aliento espiritual para que el ánimo de Dulce María no desfallezca y pueda en el futuro rendir nuevas jornadas de gloria a las letras de su país, como las que España ha vivido estos últimos días, en los que Dulce María Loynaz nos trae de su evocadora patria cubana el mensaje lírico, inmaterial y eterno de su poesía.

Mas importa señalar en este acto que Dulce María Loynaz ha llegado, por los caminos del espíritu, a conquistarse fervorosamente el verdadero corazón de España. Desprovista en absoluto de carácter oficial la embajada poética de Dulce María, se ha realizado estrictamente en el plano de la cultura y del espíritu, que es como decir en la órbita de las relaciones más auténticas e incommovibles que puedan existir entre los pueblos. Y el azar ha querido que este acto de hoy se celebrase bajo los auspicios del Sr. Ministro de Cuba en España, a quien tanto queremos y admiramos los que hemos recibido de él el honor de su amistad, como si efectivamente ese noviazgo lírico de Dulce María Loynaz con España fuese a tener ya, al borde sentimental de la despedida, todo ese carácter trascendente y solemne de la oficialidad.

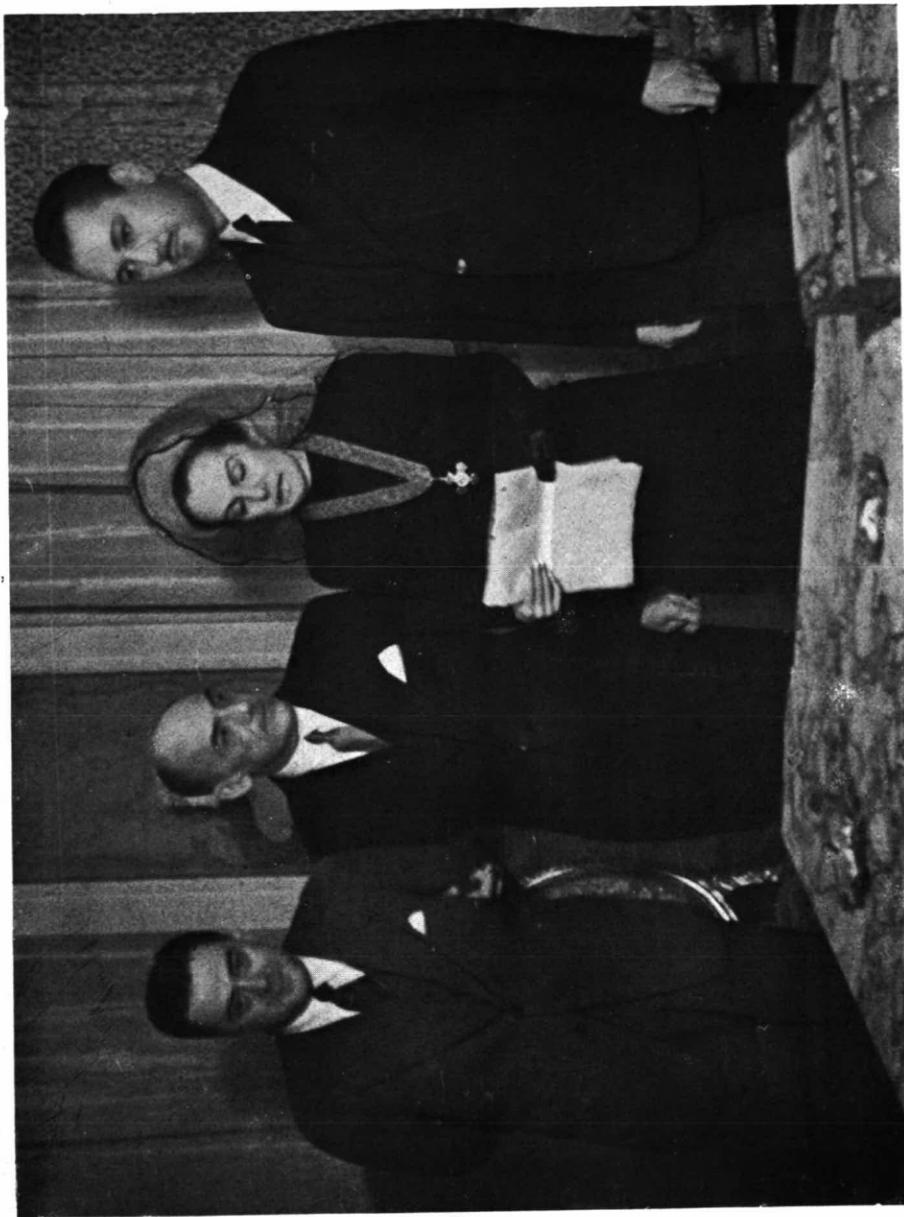
Si intentásemos asignar un sentido o una explicación a este acto, tendríamos que definirlo como el homenaje de la gratitud. Esta Encomienda de Alfonso el Sabio que España os ofrece es, en su realidad exterior, apenas nada. Pero en su dimensión espiritual vale como el mejor requiebro de la Patria española a una mujer cubana que tuvo la asombrosa virtud de querernos traer, sobre este paisaje yermo y esquemático de nuestra Castilla, el mundo florido y maravilloso de sus versos, realizando ese milagro que sólo Dios concede al alma femenina de hacer brotar, en el prosaico horizonte de nuestras inquietudes, una admirable primavera de rosas.

No puede hacerse en este momento un intento de definición de la obra poética de Dulce María. Ya lo hizo magistralmente, con su donosura bética inimitable y con esa seguridad que le da, en las lides de la república de las letras, su propio porte cesáreo, ya lo

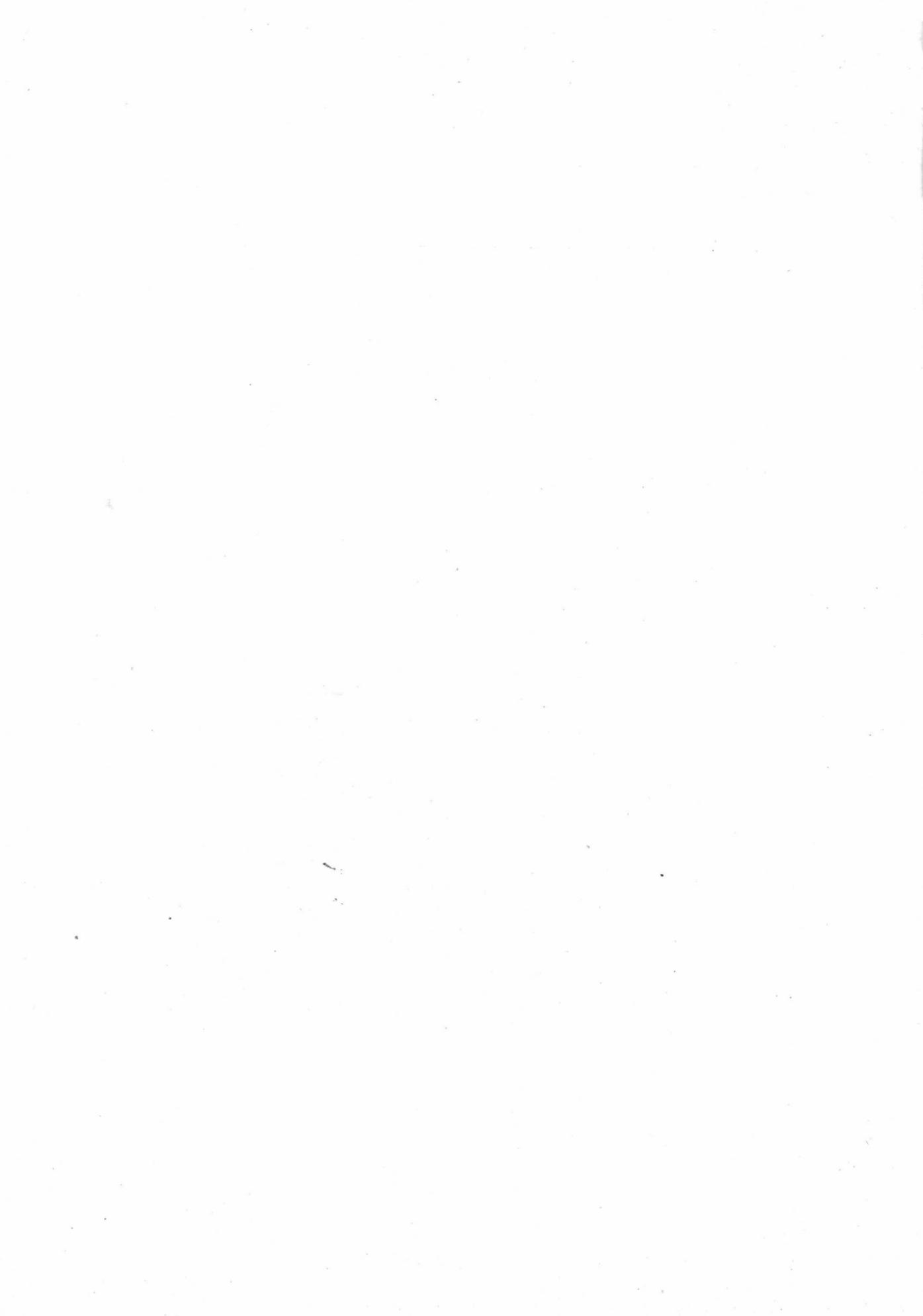
hizo, digo, Adriano del Valle, levantando en el Ateneo de Madrid aquel pórtico imperial de clásica y solemne arquitectura, dentro del cual se enmarcó la figura leve, inmaterial y casi ingravida de Dulce María Loynaz, derrotada en lo humano por la fuerza universal de sus propios versos, convertida ella misma en ritmo, en poesía y en canción.

Pero no sería justo que yo eludiese aquí mi juicio verdadero sobre ese secreto por el que vuestros versos cautivan y subyugan nuestro espíritu con atracción irreprimible. España, mejor que nadie, está destinada providencialmente para entender, para emocionarse y para llorar con vuestra obra. Porque la poesía de Dulce María Loynaz es como el eco de esas dos llamadas que a cada instante acucian y estimulan el alma de España. De una parte, ese sentido de gravitación solemne y humano hacia las cosas que se cumplen en el horizonte acotado del paisaje sobre el que nos afanamos y morimos. Y de otro lado, esa gran vocación de la altura, esa atracción de lo infinito, que es como un evadirse cotidiano del menester de la vulgaridad hacia las alturas cenitales de la imaginación, el sueño y la fantasía. Los versos de Dulce María Loynaz son como la expresión melancólica y dolorida de dos conceptos irreconciliables que disocian y torturan nuestra vida interior: la atadura y el vuelo. Como los viejos molinos de Don Quijote, nuestro espíritu se siente afinado sobre una tierra dura, trabajosa y difícil; pero el viento de la poesía mueve las aspas de nuestro pensamiento y lo eleva hasta esa altura donde sólo son galardones auténticos la gloria y el laurel.

Y si vos, señora, habéis traído prendida en vuestros labios la belleza de vuestra poesía como una grácil paloma antillana que trajera prendido un ramó de olivo como símbolo de la paz, España hoy quiere coronaros con el laurel de este modesto galardón, como dando a entender al mundo que en estos momentos en que la pasión o el egoísmo ensombrece las relaciones entre los pueblos, Cuba y España se intercambian olivos y laureles como una lección que quisieran dar, generosamente, al mundo, de esperanza y de amor.»



El Ministro de Cuba en España, Sr. Corpión Caula; el Presidente de la Asociación de la Prensa, D. Víctor de la Serna, y el Director General de Propaganda, D. Pedro Rocamora Valls, en el acto de la imposición de la Cruz de Alfonso el Sabio a doña Dulce María Loynaz.



Acogidas sus palabras con una gran salva de aplausos por todos los asistentes, el Presidente del Ateneo de Madrid impuso la Encomienda de Alfonso X el Sabio a la ilustre poetisa cubana, quien respondió al discurso del Sr. Rocamora con estas bellísimas y poéticas palabras :

«Excmo. Sr. D. Pedro Rocamora, Presidente del Ateneo de Madrid, inolvidable :

Excmo. Sr. Ministro de mi país :

Señoras, señores :

Como si todas las alegrías y las emociones, como si todo el calor y el cariño que me han ofrecido en esta tierra eterna, no hubieran ya colmado mi corazón, todavía me llevo, sobre este mismo corazón emocionado, una Cruz que es desde la Cruz primera una Cruz de amor y de servicio.

Nunca me ha faltado el amor, y lo tuve siempre por España. No es el mío un amor circunstancial o de momento: lo traje en la sangre desde que nací, porque mi apellido paterno tiene bien a flor de tierra, como para que se las vean, las raíces vascas. Y mi apellido materno viene de la Montaña, de esa jugosa región santanderina donde tengo bien cerca mis abuelos.

Desde niña aprendí a amar a España en bravo de aquellas valerosas mujeres gallegas emigrantes, que me contaban cuentos donde se reflejaban las dulces rías de Galicia y los dulces frutos de sus perales y sus manzanos. Frutas que en mi imaginación infantil aparecían nevadas y milagrosas como los globos de arbolito de Navidad.

Después, en mi adolescencia y en mi juventud, seguía amando a España en los clásicos españoles, en los poetas y escritos de esta lengua en todos los tiempos, en las páginas de su Historia, que devoraba; esas páginas apasionadas y apasionantes, esas páginas magníficas y tumultuosas que nunca será posible arrancar de la Historia del mundo.

Hoy tengo un modo nuevo de querer a España, queriéndola en mi marido, nacido en suelo español, de familia española, de cora-

zón español. Hoy puedo ya decir que quiero a España con intimidad y agradecimiento.

Tal vez mi amor, como toda cosa mía, no haya podido traducirse en obra útil; pero todo amor es útil por sí mismo, y hasta me atrevo a añadir que todo amor es necesario.

Esto es lo que tengo que decir de mi amor por vuestro país. Lo que haya que decir de mi obra lo diréis o lo estáis diciendo ya vosotros.

Esta tarde la palabra inteligente, abridora de caminos, de Pedro Rocamora, me precede. No sé, en el momento en que escribo estas líneas, cuál será; pero sé desde ahora que yo podré seguirla y hasta alumbrarme con ella si alguna vez perdiera los caminos. Pero no he de perderlos.

Esta tarde el Sr. Ministro de Cuba en la casa de Cuba nos reune. Reunir, unir, siempre es su hermosa y lograda misión, que en este caso tendrá para mí, y toda mi vida, un recuerdo conmovido.

En esta reunión quiere la cortesía que se den gracias, como se deben dar siempre que se recibe algún bien, invaluable en este honor de recibir el símbolo de la obra de un gran Rey que desde hace siglos ostentaba entre sus muchos títulos el de poeta, el de anunciador—un poeta es siempre un Arcángel anunciador—de las glorias de la Madre de Dios.

Quiere la cortesía que yo dé las gracias, y sin embargo, yo, a quien fué siempre grato y fácil agradecer, creo que en el caso de una condecoración no caben gracias.

No caben gracias porque el darlas equivaldría a admitir como un favor un gesto que nunca debe serlo.

La condecoración tiene, bien mirado, un valor único: el de la justicia con que se otorga.

Y he aquí que si admito como favor la que me ofrecen, la habré despojado de su valor intrínseco e imponderable. Y si la admito como justicia, habré faltado a la reserva instintiva que a toda obra mía he puesto siempre.

En esta alternativa puedo aún agradecer una cosa..., y ésa sí la agradezco a todo pecho.

Fuera de mis méritos y del mérito de la propia condecoración, no prodigada, hay todavía algo muy hermoso... que, como ella, se me quedará siempre sobre el corazón. Y es la serenidad, el desinterés, la elegancia con que en este momento de confusión y de tinieblas España ofrece su noble signo a una sencilla poetisa cubana.»

Otra gran salva de aplausos acogió las palabras de doña Dulce María Loynaz, que fué muy felicitada por los asistentes al acto, entre los que se encontraban los Directores generales de Enseñanza Universitaria y Bellas Artes, Director del Instituto del Libro, Presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, don Víctor de la Serna; el notable periodista cubano señor Alvarez Cañas, esposo de doña Dulce María Loynaz, Director del Museo Romántico, los académicos señores De Diego, Fernández Almagro, Fernández Flórez y Ors, y los escritores señores Cossío, Obregón, Lope Mateo, Casanova, Del Valle, García Nieto, Gómez Aparicio, Magariños, Giménez Caballero, Azcoaga y Pérez Ferrero.

Terminada la ceremonia de la imposición, los señores de Corpión, auxiliados por los agregados de su Legación, ofrecieron un espléndido «cock-tail» a sus numerosos invitados.

EL DOCTOR JIMENEZ DIAZ

INAUGURA EL CURSO
EN EL ATENEO DE MADRID

EL Ateneo de Madrid inauguró solemnemente, como conviene a su historia, su curso de conferencias. Se le encomendó esta misión a uno de los máximos prestigios de la intelectualidad científica española. Aludimos al doctor Jiménez Díaz, gloria de la Medicina. El Dr. Jiménez Díaz disertó sobre «La patología de los fermentos y la herencia en las enfermedades». Fué una lección magistral. Por su contenido revelador y por la idoneidad de su verbo expresivo. Tenía que ser así forzosamente, porque el orador, curtido en múltiples actividades inteligentes, hace posible, con un vivo caudal de conocimientos, las más ágiles fórmulas comunicativas. En realidad, su trabajo fué para los iniciados, pero no por eso los profanos permanecieron ajenos a la influencia didáctica del sabio profesor español.

El amplio salón de actos del Ateneo se hallaba repleto de una muchedumbre expectante. No es frecuente, por desgracia, el contacto entre el gran público y los hombres de ciencia, porque éstos, en nuestro país, son poco dados a relegar sus estudios y sus investigaciones, no por indiferencia ni menosprecio hacia ese mismo contacto, sino porque, celosos de su misma labor, a la que



DR. D. CARLOS JIMENEZ DIAZ

se entregan total y apasionadamente, apenas si tienen unos minutos libres para esta suerte de convivencias sociales. Por lo mismo, no fué de extrañar, como decimos, que el salón de actos del Ateneo fuera, con ocasión de este acontecimiento, incapaz para contener a una masa, densa de hombres y de entusiasmos, en la que figuraban los nombres más relevantes de nuestra intelectualidad.

Presidió el acto el Embajador de la Argentina, D. Pedro Radío, a quien acompañaban el Director general de Enseñanza Universitaria, Sr. Alcázar; Director general de Administración Local, señor Hernando, y el Presidente del Ateneo, D. Pedro Rocamora.

La exposición científica, llena de amenidad y de atractivos de expresión, ciñó y analizó el tema a través de conceptos biológicos generales y de la patología humana, operando en la gran amplitud y precisión de conocimientos que caracteriza al Dr. Jiménez Díaz.

Estudió el problema genérico de la herencia desde el punto de vista de la genética moderna y las derivaciones a la patología constitucional.

La investigación estadística, por una parte, y el estudio patológico de las enfermedades llamadas hereditarias han venido a definir claramente el concepto de enfermedad constitucional familiar, que se reproduce, con variantes, a través de sucesivas generaciones. Sobre este aspecto de la herencia patológica vinculó el estudio moderno de los fermentos, encontrando las relaciones que se establecen entre una serie de afecciones humanas; la experimentación en animales y el proceso bioquímico de los encimas.

Los antiguos conocimientos de las leyes de Mendel en la patología humana, las adquisiciones ulteriores sobre el sistema cromosómico, los nuevos planteamientos de la genética, se han superado actualmente en el terreno de los fermentos y de las hormonas, que regulan el crecimiento y el destino biológico de los seres, con sus posibilidades peculiares respecto a la enfermedad.

La patología de la herencia se transformó en la patología constitucional y familiar, y ahora se convierte en un campo de la bioquímica. Si este progreso del saber tiene importancia en sí para



El Doctor D. Carlos Jiménez Díaz durante su disertación en la tribuna del Ateneo de Madrid.

la ciencia, ofrece, además, una nueva perspectiva para la prevención y tratamiento de muchísimas enfermedades o dolencias.

Analizó el Dr. Jiménez Díaz el proceso de los fermentos, su creación, su función y utilización en el organismo normal y en una serie de alteraciones de tipo hereditario: en la alcaptonuria, en la distrofia muscular progresiva, en las afecciones alérgicas (asma, jaqueca, urticaria, etc.), en la hipertensión arterial, en la diabetes, en la litiasis renal, en la obesidad y otras diatesis.

La brevedad de esta nota nos obliga a reducir nuestra información. Las relaciones de vitaminas y fermentos en los complejos bioquímicos fué analizada con la extraordinaria erudición y con las valiosas investigaciones personales del Dr. Jiménez Díaz y de sus colaboradores realizadas en el Instituto que dirige.

Habría en el porvenir dos maneras de influir la evolución de los organismos: el de producir o suministrar los fermentos o el de regular la acción de éstos a través de los sistemas hormonales. El modo de actuar de las hormonas sobre los fermentos y vitaminas podría utilizarse para modificar la estructura biológica de los seres, y con ello la disposición constitucional frente a las enfermedades.

El conferenciante fué calurosamente aplaudido y felicitado en diferentes pasajes y al término de su interesantísima disertación.

VENTANA
AL MUNDO

EL MENSAJE DE ESPAÑA AL MUNDO HISPANICO

En su emisión para América, Radio Nacional de España transmitió el siguiente mensaje del excelentísimo Sr. D. Alberto Martín Artajo, Ministro de Asuntos Exteriores, a los pueblos hispánicos, con ocasión de conmemorarse el 12 de octubre, Fiesta de la Hispanidad:

LA ronda anual de esas grandes fechas que constituyen el calendario de honor de los pueblos y la razón de su existencia misma nos enfrenta, una vez más, con el 12 de octubre, pórtico de nuestra común historia, aniversario de aquel día venturoso en que unas carabelas españolas, empujadas por vientos católicos, arribaron a la playa de Guanahani, como inicio del más grande suceso que registra la cristianidad después del nacimiento del Redentor.

Pero este año la conmemoración aparece reforzada por plures alegrías y motivos. Porque 1947 agrupa providencialmente una serie de efemérides de figuras insignes en la cultura, en la milicia y en las artes, cuya obra constituye nuestro mejor patrimonio. Junto a la conmemoración universal de Miguel de Cervantes, que encarna el más firme y humano vínculo de nuestra comunidad espiritual —la lengua española— y, a la vez, el símbolo hispánico más excelso —la ruta soñadora hacia la frontera del ideal—, se encuentra el recuerdo de don Juan de Austria, perfil de un momento áureo y héroe de la más alta ocasión que vieron los siglos; y junto a él, la memoria de Hernán Cortés, protagonista de la gran epo-

peya mejicana, y aun todavía, la remembranza del Arzobispo Jiménez de Rada, primer artífice de la unidad española en aquella Castilla del siglo XIII, que a través de sus Catedrales, sus Universidades y sus Cruzadas quería ser España. La conmemoración de estos hechos nos lleva, casi sin tránsito, a las que nos presenta el año venidero, también de extraordinaria significación hispánica. Así, la conquista de Sevilla, que habría de hacer de la ciudad, rescatada en el siglo XIII bajo los auspicios de San Fernando y de la Marina castellana, que nace también entonces con el primer almirante, Bonifaz, el baluarte de nuestra gran empresa civilizadora. 1948 nos trae, asimismo, la evocación impar de Suárez, jurista formulador de la versión cristiana del nuevo orden internacional, que sustituía, superándola, la vieja concepción medieval del Imperio, y filósofo que marca las normas por las que había de alcanzar gloria y luz la ciencia metafísica. Y nos trae también a Tirso de Molina, el gran ingenio mercedario, que lleva la teología, con versos de oro, a los tablados y a las plazas de los pueblos.

Estas evocaciones históricas, caudal común de los pueblos hispánicos, nos han deparado el feliz augurio de trabajo y de colaboración que representa la reunión en Madrid de los miembros ilustres que las naciones hispanoamericanas han enviado a la Asamblea del idioma, donde han estudiado, conjuntamente con los españoles, los problemas de nuestras letras, así como a la Asamblea Americanista de Sevilla, donde hemos glosado la dimensión de la obra de Hernán Cortés. Huéspedes de honor de España, los ingenios de América y Filipinas han podido conocer de cerca las razones inextinguibles de nuestro propósito de hermandad.

El retorno a la verdad de España

Estas evocaciones, además, han corroborado el retorno a la verdad de España, que es la nota más característica del año actual en lo que concierne a nuestras relaciones con los pueblos de Hispanoamérica. Al tiempo que la República del Plata adopta, de

cara a los asuntos españoles, la gallarda postura que le ha ganado el corazón de toda España, un espíritu comprensivo de nuestra misión histórica presente y de nuestra conducta como nación defensora de altos ideales en la vida crítica de Europa, se ha abierto cauce en todos los países de habla española, incluso en los más circunstancialmente alejados de nuestra amistad. Símbolo y ejemplo de este acercamiento ha sido la cordialidad con que la República de Bolivia, al recordarnos, por boca de su representante en la Asamblea Cervantina de la Lengua Española, el próximo centenario de la fundación de la ciudad de La Paz e invitar a su celebración a los intelectuales españoles, ha puesto de manifiesto que es firme y sólida la reciente reanudación de nuestras relaciones con ella y fecundo el camino de nuestra colaboración espiritual, que acabará, no lo dudemos, por reconquistar para nuestro cariño, en todos los órdenes de la vida, a aquellas otras jóvenes hermanas, si hoy de corazón, y siempre, con España, no oficialmente vinculadas a nosotros.

Por tantos gozosos motivos, debemos avivar, hoy más que nunca, en nuestro corazón la llama de una ilusión que tiene ya más de cuatro siglos de vigencia, y cuyo futuro nos obliga tanto como su pasado, porque nos debemos a una empresa noble que ha hecho realidad, a través de la Historia, los más gloriosos postulados de honor y de libertad.

ARGENTINA

Y LA FIESTA DE LA HISPANIDAD

El General Perón, ilustre Jefe del Estado Argentino, pronunció, con motivo del Día de la Raza y el aniversario de Cervantes, un trascendental discurso, retransmitido por radio a todo el mundo, en el que dijo, entre otras hermosas cosas acerca de España y de sus valores eternos, lo siguiente:

No me consideraría con derecho a levantar mi voz, en el solemne día en que se festeja la gloria de España, si mis palabras tuvieran que ser tan sólo halago de circunstancias o simple ropaje que vistiera una conveniencia ocasional. Me veo impulsado a expresar mi sentimiento, porque tengo la firme convicción de que las corrientes de egoísmo y las encrucijadas de odio que parecen disputarse la hegemonía del orden serán sobrepasadas por el triunfo del espíritu, que ha sido capaz de dar vida civil e idoneidad al nuevo mundo. No me atrevería a hacer llegar mi voz a los pueblos que, junto con el nuestro, formamos la comunidad hispánica para realizar tan sólo una conmemoración protocolar del Día de la Raza. Únicamente puede justificar el que rompa mi silencio la exaltación de nuestro espíritu ante la contemplación reflexiva de la influencia que para sacar al mundo del caos en que se debate puede ejercer el tesoro espiritual que encierra la titánica obra cervantina, suma y compendio apasionado y brillante del inmortal genio de España. Al

impulso ciego de la fuerza, al impulso frío del dinero, la Argentina, coheredera de la espiritualidad hispánica, opone la supremacía significativa del espíritu. En medio de un mundo en crisis; de una humanidad que vive acongojada por las consecuencias de la última tragedia y temerosa por la hecatombe que presiente, en medio de la confusión de las pasiones que restallan sobre las conciencias, la Argentina, isla de paz, deliberada y voluntariamente se hace presente en este día para rendir cumplido homenaje al hombre cuya figura y obra constituye la expresión más acabada del genio y de la grandeza de la raza. Y a través de la figura y de la obra de Cervantes va el homenaje de la Argentina a la Patria Madre, fecunda, civilizadora, eterna, y a todos los pueblos que han salido de su maternal regazo. (*Grandes aplausos.*)

Dice a continuación el general Perón que «recordar a Cervantes es reverenciar a la Madre España», y agrega :

La sangre española.

«España levantó templos, edificó Universidades, defendió la cultura e hizo mucho más : fundió y confundió su sangre con América y signó a sus hijos con un sello que les hace bien distintos en su forma y apariencia, pero iguales a ella en esencia y naturaleza.

Es gajo de ese tronco el pueblo que en mayo de 1810 asume la revolución recién nacida. Es sangre de esa sangre la que vence gloriosamente en Tucumán y Salta y cae con honor en el Capucio y Ayelda. Es la que anima el corazón de los pontoneros, es la que bulle en el espíritu indómito de los caudillos, es la que enciende a los hombres en 1816 para proclamar a la faz del mundo nuestra independencia política; es la que agita y corre por las venas de esa raza de titanes y cruza las ásperas montañas de los Andes, conducida por un heroe en una marcha que tiene la majestad de un friso griego; es la que ordena a los hombres que forjaron la unidad, la que alentó a los que organizaron la República; es la que se derramó generosamente cuantas veces fué necesario para defender

la soberanía y la dignidad del país; es la misma que moviera al pueblo a reaccionar sin jactancia, pero con irreductible firmeza, cuando cualquiera osó inmiscuirse en asuntos que no le incumben, y que corresponde solamente a la Nación resolverlos. (*Grandes aplausos.*)

Sangre de nuestra sangre y carne de nuestra carne, heroico y abnegado pueblo, virtuoso y altivo, sin alardes. Y lleno de profunda sabiduría que, pacífico y laborioso, en su diaria jornada, se juega, sin alardes, la vida, con una naturalidad de soldado, cuando una causa noble así lo requiere. Y lo hace con generosidad de Quijote, ya desde el anónimo y oscuro foso de la trinchera o asumiendo, en defensa de los ideales, el papel del primer protagonista en el escenario turbulento de las calles de una ciudad.

Si la América española olvidara la tradición que enriqueció su alma, rompiera sus vínculos de latinidad, se olvidara del cuadro humanista en que la enmarca el catolicismo y negara a España, quedaría inmediatamente baldía de coherencia y sus ideas carecerían de validez. Ya lo dijo Menéndez y Pelayo: «Donde no se conserva piadosamente la herencia del pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora.»

Homenaje a Cervantes.

Esta solemne sesión que la Academia Argentina de Letras ha querido poner bajo la advocación del genio máximo del idioma en el IV centenario de su nacimiento trasluce, a mi modo de ver, la decidida voluntad argentina de reencontrar las rutas tradicionales en las que la concepción del mundo y de la persona humana se origina en la honda espiritualidad grecolatina y en la ascética grandeza ibérica y cristiana.

Cervantes nos mostró profunda conciencia social en todos los actos de su vida. Cuando se desarrolló la batalla naval de Lepanto, no obstante hallarse enfermo y con calentura, quiso correr la suerte de sus camaradas y participar en la lucha. Porque más vale pelear

en servicio de Dios y de Su Majestad y morir por ellos, que no permanecer inactivo bajo cubierta. Más tarde, cautivo en Argel junto con 25.000 cristianos que pagaban así su delito de amar a la Patria y de sentir su fe, el glorioso Manco de Lepanto padeció, más que por su propio dolor físico y espiritual, por la inquietud incesante de ver aherrojados a sus compañeros de esclavitud y de ver perseguida, aborrecida y negada la religión en la que había depositado toda la confianza de su corazón.

Los valores espirituales hispánicos.

Yo quiero proclamar en este acto mi profunda adhesión a los valores espirituales que nos vienen de la tradición hispánica. En esto, como en tantas otras cosas, la unidad de pensamiento ha permanecido inalterable. Desde los balcones de la Casa del Gobierno, el 8 de junio de 1944, en homenaje a la patria que surgió del genio y de la sangre de España, proclamé la necesidad de que la revolución llegue a las almas, porque en este país, donde la Naturaleza con toda prodigalidad ha derrochado a manos llenas la riqueza nacional, podríamos dar gracias a Dios por sus dones maravillosos. Pero esa riqueza no es todo, sino que hemos de saber extender la riqueza espiritual hacia eso que constituyen los únicos valores eternos, y que son, en ocasiones, la defensa de la patria a costa de cualquier sacrificio.

Feliz el pueblo cuyos prosistas o poetas, clérigos o soldados, nobles o plebeyos, artistas o artesanos viven enamorados de la belleza de su tierra. La literatura española está impregnada de lo que puede llamarse amor geográfico. Sus ríos, sus mares, sus valles, son caudales abundantes de emoción patriótica. En la crónica general de Alfonso el Sabio se elogia y canta toda su majestuosa belleza.

Quizá por esta grandiosidad y por esta fuerza puede ser España, según frase de un escritor contemporáneo, escenario de grandes dramas históricos, que produjo hombres que corresponden a este gran escenario: valientes, enamorados de aventura, fáciles a la

empresa de la fe. Quizá en ninguna otra parte los hombres, el paisaje y las piedras constituyan una unidad tan profunda y total de los sentimientos españoles. Los pueblos de la hispanidad también constituyen una unidad, y también viven dominados por las misiones patrióticas. Tenemos mucho de común que defender: unidad de origen, unidad de cultura, unidad de destino, unidad de religión. Vivimos hermanados por vínculos de cultura y de historia. Y esta identidad debe impulsarnos a una empresa universal que, desbordando los límites geográficos, integre la verdadera unidad espiritual de los pueblos hispanos.»

ROQUE ESTEBAN SCARPA, EN MADRID

Por EUGENIO MEDIANO FLORES

CUANDO los que estamos empeñados en la quijotesca tarea de hacer que el mundo vuelva un poco la vista hacia las esferas, casi deshabitadas, del espíritu y la belleza, donde se trenza el sueño del amor y del sentido constructivo de la existencia, frente a la autodestrucción y el suicidio colectivos; a que está abocada la humanidad de nuestro tiempo. Cuando alguno de nosotros, decimos, se encuentra en esta senda —que ya tiene borradas las huellas del que pasó delante— con otra persona seguidora de esta misma ruta, a prueba de zarzales y vigiliat, sentimos esa reacción confortadora del que se sabe acompañado en la soledad, del que siente que, a su altura en la marcha, va un espíritu común, con identidad de horizontes, que sabrá tener con nosotros ese silencio y esa conversación discretos, que son esencia de la amistad.

Así nos hemos sentido siempre, desde su lejanía chilena —en cable cordial a través del Atlántico—, con Roque Esteban Scarpa. Aunque él marchara por la serenidad del camino real, y nosotros triscáramos atajos emocionales que hasta ese camino mayor nos llevaran. Buen punto de cita era el suyo —la gran plaza de nuestros clásicos—, y allí era indefectible que nos encontráramos. Roque Esteban Scarpa ha sabido andar con el corazón, tachona-

do de estudios y exactitudes, que su clara intuición literaria y su penetrante juicio crítico le indicaban, los recovecos y encrucijadas que el gran callejero de nuestra literatura le mostró. Y así pudo llegar al maravilloso rompiente, cuajado de luz y verdad —a esa magnífica arquitectura— que es la plaza de nuestro Siglo de Oro.

Y he aquí que, gracias a este trae y lleva cervantino del IV Centenario de su nacimiento, que este año celebramos, Scarpa ha llegado a Madrid. El motivo, tratándose de él, no podía ser otro que este de realizar una serie de ensayos sobre la figura de Cervantes, sol demasiado fijo de nuestra literatura para que no interesara a la inquietud de este buen poeta chileno, que no sólo sabe poner en los puntos de su pluma el palpito vivo de su corazón poético, sino también la severidad entusiasmada del estudio y la investigación literarios. Porque Roque Esteban Scarpa —ya indicábamos antes que caminaba derroteros del espíritu y la belleza—, en sus momentos de análisis, no es el frío erudito, entregado al dato sin alma y a la ficha muerta; Scarpa, en sus estudios y en sus ensayos, es poeta sobre todas las coas, y lo que busca —en esas jornadas investigadoras— es la palpitante realidad emocionada del hombre poeta que escribiera aquello, que él —«hombre poeta» también— investiga, sin importarle épocas ni circunstancias, pues sabe que la verdad y la emoción artísticas carecen de fechas encuadradoras, porque son eternas.

Con este espíritu, a cuya formación han contribuido su origen centroeuropeo, pleno de fervor romántico, y esa tierra polar del sur de Chile, que remitía al estudio el sentimiento, se adentró Roque Esteban Scarpa, a punta de entusiasmo y de amor a España, por la andadura del castellano. Su paso lo van fijando estaciones de títulos que dicen bien el sentido de su intención y de su afán: *Lecturas clásicas españolas*, *Lecturas españolas modernas*. Y luego, otras en las que se manifiesta su clan poético, como *El sueño y el morir en la poesía española*, *Voz celestial de España*, *Poesía religiosa española*, *Poesía del amor español*, etc., que muestran un cuidado y minucioso estudio de nuestros poetas, junto a un exquisito criterio selectivo; en *El maestro de soledades*, Scarpa muestra

su capacidad ensayística, realizando una colección de ensayos sobre nuestro Siglo de Oro, donde se aúnan la belleza de su estilo con la profundidad y exactitud de sus aseveraciones.

Y con este bagaje de hispanismo a toda prueba, Scarpa ha llegado a Madrid—a nuestro Madrid de hoy—traído de la mano por Miguel de Cervantes Saavedra. Es otra cosa más que debemos al autor de *La gitanilla*, porque si todos los nombres de la literatura española le habían incitado a visitar nuestro país, el IV Centenario del nacimiento de Cervantes ha tenido fuerza para hacerlo realidad.

Lo que se haya encontrado Scarpa en nuestra Patria, no lo sabemos todavía, pero estamos seguros de que nada en ella le habrá extrañado. Ha tenido, para su conocimiento, la mejor guía, y el espíritu español sigue siendo el mismo que él conoce a través de nuestra literatura, que, a nuestro entender, es el punto único de referencia para conocer de verdad a los pueblos. Ni la Historia, ni las crónicas, dan una realidad tan certera.

Y aquí, en Madrid, estamos seguros de que Lope y Quevedo le enseñarán lo mejor que la Villa tiene.

NOTAS
DE LIBROS

LOS LIBROS

JUEGOS DE AGUA (Versos del agua y del amor),
por DULCE MARIA LOYNAZ.- Editora Nacional.
Madrid, 1946

Dulce María Loynaz es, poéticamente, ella misma. Y ella misma es, en la hondura de su verso, cubana, por un dulcísimo sentimiento que aflora luego, como de un hontanar, fresco de linfa y de perfume. Pero es también, al propio tiempo, universal por ese mismo sentimiento y, desde luego, por la plástica de su lirismo. O, lo que es igual, por la expresión de su lirismo. Si hubiera que buscarle un parangón sin contaminaciones, habría que invocar la figura de otro lírico, español y universal asimismo: Juan Ramón Jiménez. Fuera de esto, Dulce María Loynaz es, poéticamente, como queda dicho, ella misma. Sin resonancias de escuela, ni mucho menos de casticismo geográfico. En realidad, ninguna poesía que lo sea, puede —si no es enteca y pordiosera— inscribirse en la órbita de un determinismo específico cualquiera. Al contrario: será siempre, indistintamente —lejos, claro está, de su filiación idiomática—, amplia y eterna, ilimitada y vagabunda. Porque la poesía de Dulce María Loynaz es, por la gracia de su impulso y por la diafanidad de su acento, no una poesía alicortada y sumisa, sino esa otra —de siglos— que lleva en sus alas el rumbo de todos los vientos y la luz de todos los soles.

Aquí está, entre mis manos, trémulas de gozo, la más reciente obra poética de Dulce María Loynaz, *Juegos de agua* —versos del agua y del amor—, que, cumpliendo un feliz alarde editorial, aca-

ba de lanzar a la avidez de los lectores —que serán muchos— la Editora Nacional. Y lo ha hecho eligiendo un material tipográfico y ornamental —desde el papel a la letra, desde la distribución a la alegoría del pórtico, pasando por el juego tan delicado de las tintas— preciso. Porque no voy a descubrir ahora que todo libro de versos requiere, por de contado, una cabal adecuación, si quiere cumplir en todo, con su contexto. La fisonomía impresa no ha de estorbar, ni mucho menos disentir, la naturaleza ideal de su carga. A toda la pintura no le va bien un marco análogo. Habrá que buscar en la orla de ese contorno impuesto cierto parangón sentimental —de impresión y de expresión— con la obra que alberga. Si no se procede así, inteligentemente, sensiblemente, se corre el riesgo de disminuir o de alborotar esa obra.

Leyendo para uno mismo *Juegos de agua*, de Dulce María Loynaz, tememos, ganados por el pretexto, que éste llegue alguna vez a su término. Fatalmente, llega. Y entonces, el lector, el libro entre las manos, la pupila errátil, o fija, sin fijarse nunca, como mirando hacia dentro, quiere perdurar en sí, no saciado, la emoción de esa lectura. ¿Qué tiene, pues, el verso, mejor aún la poesía de ese verso, que, colmándonos, no nos satisface? No nos satisface para nuestra sed, pero sí poéticamente, o si se quiere, estéticamente. En general, con toda creación artística nos ocurre cosa pareja. Desearíamos prolongarla en el tiempo para sumirnos devotamente en su entrañable y sempiterna fascinación. Pero la vida nos reclama. Y la vida, no siempre poética, impone sus exigencias, siquiera sea, como para mí en este caso, discurrir prosaicamente sobre la poesía. Que es, dígame lo que se quiera, como arrancarle a uno del éxtasis.

Por lo pronto, Dulce María Loynaz, sin hacerle eco a Verlaine cuando pedía «Coge la elocuencia y retuércele el pescuezo», posee clara elocuencia. No una elocuencia palabarrera, sino elocuencia poética. La que va de alma a alma. Si se mira bien, el verso, el puro verso, es, o viene a ser, como el telégrafo Morse de las almas. Ningún idioma las compenetra mejor, porque con ningún otro idioma, ellas, las almas, se entienden mejor y más pronto. Y eso que, tras de Verlaine, alguien que podía, una pléyade de innovadores, no se contentó con exterminar la elocuencia. Exterminó a su vez el lirismo, y la música, y por contera el sentimiento. La poética de los Samain, de los Vallery, de los Claudel, hizo reír a los nuevos inquilinos del Parnaso. Ya no fueron sus precursores

ni los Baudelaire, ni los Mallarmé, ni los Moreas, ni tantos otros, maestros en su día de la poética en curso. Los flamantes tiranos se llamaban Lautreamont, Rimbaud, Laforgue, Toulet... Bien es verdad que el innovador no trae, para su gloria, un signo de permanencia. Llega, deposita su semilla y pasa. Son los elegidos de todas las poéticas los que, sirviéndose de esas enseñanzas, a costa de los demás, perduran y se immortalizan.

Aquí estamos, plantados en medio de un mundo atormentado y colérico. ¿Quién recuerda ya los cantos de Maldoror? ¿Quién recuerda ya las «clownerías» sensitivas de Laforgue, entre enfermizo, abatido y extenuado? ¿Quién recuerda ya a Toulet «con su sentido agudo, japonés, algebraico, estridente y estirado de lo breve, de lo rápido, de lo económico»? ¿Quién recuerda ya la divisa «No escribimos más que para los ojos», de los Ivan Goll, de los Soupault, de los Tzara, de los Cendrars? ¿Quién recuerda ya la poesía «químicamente pura»? ¿Y la poesía «absoluta»? Y en suma: ¿quién recuerda ya a Cocteau, al Cocteau de «la más grande de las obras maestras, no es sino un léxico en desorden»?

No, no, no. La poesía, tras del avatar de curiosas y magníficas experiencias, está ya otra vez de vuelta y en su propio recinto. Está en su alma. En el alma de los poetas. En su casa. Y está, recobrada de nuevo, aunque eso sí: de sus correrías por la imaginación de los más audaces, trae, como un exvoto, fórmulas magistrales que, insertadas en lo tradicional, invisten la poética actual —que es la de ayer y la de siempre— de una gracia, de un encanto, de un embrujo, de un ángel y de un atractivo inasequibles. Ni Cocteau, cuando exigía que la poesía fuera toda imágenes —«no se hace un espejo superponiendo cristales»—, ni Paul Fort, cuando exigía que la poesía fuese sólo ritmo —«no se escribe una sinfonía superponiendo notas»—, ni las dos cosas a un tiempo, ni una sobre otra, ni sólo parnasianismo, ni sólo alquimia cerebral, ni...

¿A qué seguir? La poesía, amasada de siglos y de insubordinaciones, de tiranías y de funambulismo, parece ser que aspira sólo a ser eso, y nada más, pero tampoco nada menos que eso: poesía. Una poesía que, libertada, como es lógico, de adherencias rutinarias, sea económica de forma y audaz de sentimiento. Y, por supuesto, que la armonía sea más bien interior —como la «sophrosyne»— que exterior. El propio Cocteau se encarga, al cabo, de definirla: «La poesía es una partida de naipes ejecutada

por el alma. Reside en las rupturas de equilibrio y en la divinidad de los juegos de palabras.»

Poesía es, en definitiva, *Juegos de agua*, de Dulce María Loynaz. Todo en este libro parece recién surgido, como inédito. Las metáforas lo son por la idoneidad del verbo que, entrelabrado, espontáneamente entrelabrado, como si ésa fuera la misión del verbo de esta ilustre poetisa, va alquitarando, por la frase y por el sentimiento, los secretos del Universo, como Hamlet, y nos los entrega, cordial y recatada, como una ofrenda fabulosa. Porque en la poesía de la autora de *Juegos de agua* caben todos los matices de «la melancolía, del pesimismo, del misterio y de la desesperación». Y, por si fuera poco, los de la alegría más alborozada. Sin un rancio regusto, sin una empalagosa melodía, Dulce María Loynaz es de hoy, sin desmentir su lejanía, porque será de mañana, sin renunciar al pasado. Es actual y eterna. Y lo es porque tiene sentido, porque tiene sentimiento y porque tiene armonía. «Eso fué siempre la poesía», objetará alguien. En efecto: eso fué, o eso quiso ser —sin conseguirlo a veces— la poesía. En Dulce María Loynaz lo es. Total y plena. De abajo arriba, de dentro afuera, como una fuente desnuda. Por su sencillez y por su ternura. Y para cumplir la misión de todo mensaje artístico, por su propia perfección. Una perfección, importa advertirlo, que no es esfuerzo reiterado y penoso, sino pasión creadora —como de mujer—, que lleva en sí, para culminarse, una poderosa facultad crítica y estética inteligente. De ahí su belleza. Su frágil belleza, santificada, aun en los temas más humildes, por el arte.

BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA DE CERVANTES,
por EDUARDO PONCE DE LEON.-Ediciones I. N. L. E.
Madrid, 1947.

Muchas y excelentes, en el correr del tiempo, han sido las bibliografías aparecidas en el mundo sobre temas cervantinos. Eruditos españoles —Río Rico, Asensio, Rius, Givanelli, Sedó— y extranjeros —Thomas, Ford, Lessing— han ido, en tarea minuciosa, fichando y anotando las obras de Cervantes. Toda la producción del Príncipe de los Ingenios y aquellas otras, muy numerosas, que han aparecido en el mundo, en torno del *Quijote* preferentemente, de la persona de Miguel de Cervantes y del resto de su producción literaria.

Aquellas bibliografías cargadas de datos han sido y son, en el tiempo presente, los mejores útiles de trabajo, los más preciosos auxiliares del investigador literario. Sin embargo, unas y otras venían quedándose, no ya anticuadas, que es este término poco admisible al tratar de tal materia, pero sí un tanto mancas, ya que, conforme los años pasan, surgen cada día y en cada lugar del mundo, no sólo nuevas ediciones cervantinas, sino también infinidad de libros, monografías, opúsculos y folletos que, naturalmente, no se encuentran en aquellas publicaciones. Los espléndidos catálogos publicados sobre los fondos de la Nacional, en 1946, por la Dirección General de Propaganda, y ahora recientemente por el Patronato del IV Centenario de Cervantes, han venido a llenar aquel vacío y a poner en manos del erudito un útil instrumento para sus tareas.

Con posterioridad, no ya a las citadas bibliografías, sino también a los catálogos mencionados, se publica hoy, en edición sencilla pero cuidadosa, un folleto cuyo título abre estas líneas. Con rigor minucioso, el autor del mismo, el notable erudito en cuestiones bibliográficas, don Eduardo Ponce de León, ha ido consultando ficheros, anotando catálogos, viendo con detención repertorios nacionales y extranjeros. De todos esos trabajos, Eduardo Ponce de León y Freyre ha ido haciendo fichas, que ha agrupado por años, primero, en acertada clasificación después, que se descompone en este orden: Obras completas, *El Quijote*; entremeses, *Novelas Ejemplares*; obras menores, Extractos de obras cervantinas y Miscelánea. De todas aquellas publicadas de 1930 hasta el momento actual, ha recogido su ficha bibliográfica el autor del folleto, llegando hasta hacer las de las aparecidas en los días del Centenario. De las publicadas, ya en España, ya en cualquier otra gran ciudad o pequeña villa del Viejo o el Nuevo Mundo, en ese importante lapso de tiempo que no cubrían las bibliografías citadas con anterioridad.

Decir algo de las obras cervantinas en la brevedad de una nota bibliográfica sería gran osadía, como, asimismo, fuera ímproba tarea la de resaltar aquí algunas de las obras de Miscelánea recogidas y fichadas en el presente folleto. Baste saber, y no usamos de la alabanza, que todas, unas y otras, han sido cuidadosamente recogidas por Ponce de León, que ha empleado muchas horas de trabajo en la realización de esta monografía.

Obra la de Eduardo Ponce de León y Freyre que por su uti-

lidad merece la debida exaltación, ya que viene a prestar a los eruditos cervantistas, tanto españoles como extranjeros, un excelente servicio. Monografías, las de este tipo, que, sin ser trascendentales, son precisas a la cultura, necesarias para que vengan a cobrar total y permanente urgencia al entroncarse con estas menores las grandes y monumentales bibliografías. Esas, cual el Rius o el Río Rico, ya famosas, en la cultura universal.

JUAN SAMPELAYO.

MUJERES DEL QUIJOTE, por CONCHA ESPINA.
Ediciones Afrodísio Aguado.-Madrid, 1947.

En estas fiestas centenarias cervantinas que tan bellas ediciones de las obras inmortales del Príncipe de los Ingenios se han publicado, no han sido menos los libros que en su torno han aparecido o han reaparecido para hacer más gozosas tales fechas gloriosas, no ya en las Letras de España, sino en las universales.

Entre los libros que ahora, al cabo de los años de su primera edición, vuelven a las librerías, está inaugurando la Colección Amadís *Las mujeres del Quijote*, de doña Concha Espina. El libro que tantos leímos de chicos, y al que ahora volvemos con encanto y en donde, en once deliciosas y breves estampas, la autora de *El metal de los muertos* nos da las más finas y pulidas imágenes de aquellas damas, damitas, zagalas y mozas que anduvieron por las páginas de *El Quijote*.

Amor, donaire, burla, dolor y gracia, todo lo que ellas son y representaron en la vida o al margen de ella del Caballero de la Triste Figura, lo vió bien y a fondo el buen talento lector de Concha Espina.

Su vista, entonces clara y penetrante —hoy, si sus ojos no calan, lo hace, como ayer, su inteligencia—, entró honda y enamorada en las páginas de la primer novela de los tiempos pasados y de los venideros y de ella sacó a pasear a sus mujeres.

En diálogos femeninos de la mejor comprensión, consultó sus corazones, confesó a Dulcinea y a Marcela, a Teresa Panza y a la Duquesa, a la sobrina y al ama, voces de la cordura. Las supo ver en todos sus aspectos, y luego, cuando ellas se fueron a tomar su eterno lugar en las páginas del *Quijote*, con la pluma apercebida

trazó sus líricos retratos, que son pinturas acabadas de su físico y de su ser moral.

Es un mundo femenino, plural y encantador, el de las mujeres quijotiles, algo ancho y variado, en el que está todo lo bueno y lo grave, todo lo alegre y lo doloroso del vivir de Miguel de Cervantes. Hay en esas mujeres de las páginas de su libro inmortal muchos pasajes de su vida: ellas son las de sus sueños y las de su real existencia, las de su cordura y también las de sus horas de gran y genial orate.

A todas ellas, Concha Espina les ha puesto su propia alma al interpretarlas; a todas les ha dado su lenguaje y su propia silueta, y los cuadros en que se mueven tienen una delicadeza infinita.

Concha Espina, maestra en todos los géneros, ha reunido en las páginas de este viejo libro, hoy joven tomito renacido, un singular homenaje de respeto a las mujeres del *Quijote*, que son ya nombres legendarios y vidas que tantos autores han llevado, con feliz o infeliz éxito, a la novela, al teatro, al cinematógrafo.

Ella las condujo a este poema de la prosa que constituye su libro, al que ahora Afrodísio Aguado ha dado bella forma tipográfica, y al que Serny ha puesto unos encantadores dibujos que aun hacen más grato el pequeño volumen con que Amadís sale a los caminos literarios del mundo.

J. S.

TEATRO MODERNO NORTEAMERICANO,
por WILLIAM SAROYAN.

Parece ser que alguien, amante, de seguro, del buen Teatro, va a darnos pronto a conocer a un joven autor norteamericano de relevante personalidad entre las nuevas generaciones. Aludo a William Saroyan, del que con alguna frecuencia, y como símbolo de la actual dramática norteamericana, me he ocupado en distintas publicaciones. Ya era hora, singularmente cuando, en los momentos presentes, tantas y tantas importaciones de este linaje se llevan a cabo sin que, en la mayoría de los casos, la obra responda a un exigente criterio selectivo.

Y, para referencia de mis lectores, creo oportuno, siquiera sea de forma somera, evocar la personalidad de William Saroyan.

El Teatro americano sigue, como ustedes saben, en lo que realmente tiene de racial, esta trayectoria, a través de sus autores más significativos: Eugene O'Neill—maestro de la actual generación de dramaturgos—, Elmer L. Rice, Robert Sherwood y William Saroyan. Hemos escogido adrede, ya queda advertido, los nombres más ilustres y originales, aunque entre ellos y con ellos existan otros asimismo muy personales y de indudable mérito. Hacemos la selección, dentro de un amplio y vario panorama, ateniéndonos a las cumbres y no a todo lo que resalta sobre el nivel de la tierra llana. O'Neill, por su *Ana Cristi*, y Rice, por *La calle*, son conocidos entre nosotros. Sherwood no lo es tanto, y lo que es se lo debe, no a su producción dramática, sino a su tarea de guionista cinematográfico, en la que tanto gusta entretenerse. Ahí está, verbigracia, *Rebeca*. Saroyan no encontró todavía eco práctico en nuestro solar. Parece ser que el yerro va a corregirse, como decimos. Y, sin embargo, Saroyan, pese a su juventud, es uno de los más populares y afortunados autores de la actualidad norteamericana. En la escena y en el libro. Sus cuentos cortos son deliciosos, y su obra toda constituye una mezcla gozosa de poesía, danza, variedades y sueños fantásticos. Y, sobre todo, de ironía; una ironía sarcástica y al propio tiempo sana y fragante. No se olvide que la ironía es la ternura vuelta de espaldas. El propio Saroyan se compara en el prólogo de una de sus obras—*Razzle Dazzle*—con Bernard Shaw. Esta comparación no es del todo presuntuosa. Saroyan tiene de común con Shaw temeraria alegría y naturalidad. Como dijo Paul Valery de León Fargue, «es un niño que juega con un cerebro prodigiosamente cultivado».

Sus obras fundamentales son: *Elmer and Lily* (Elmer y Lili), *Talking to You* (Hablando contigo), *The Agony of Little Nations* (La agonía de las pequeñas naciones) y *The Human Comedy* (La comedia humana). Esta ha sido trasladada ya a la pantalla.

Los prólogos de Saroyan no son, en ningún aspecto, los laberintos con que Shaw comienza sus obras. Al contrario: Saroyan posee un estilo tejido con breves, pero nobles y ardientes frases. Lo que acontece es que no tiene piedad ni para las escuelas ni para sus jerifaltes. Cree, como Cocteau, que toda escuela literaria «es un hospital de incurables», y arremete contra todo y contra todos, sin dejar títere con cabeza. El mismo ha proclamado: «Me opongo a todo lo que concierne al actual Teatro americano, incluyendo sus métodos, propósitos, etc. Me opongo también al público de ter-

cera creado por este Teatro. Y espero que las figuras de la escena presente se mueran o se retiren. Uno u otro caso no me causará la más mínima aflicción.» En este punto su hostilidad es harto excesiva e injustificada. Sherwood, por ejemplo, y para no citar sino al más moderno de entre los consagrados, es, dentro de su formalismo dramático, de técnica vigorosa y clara, un intelectual en el mejor sentido de la palabra. Un intelectual auténticamente culto, ingenioso e inquieto. Algún día hablaremos de él; pero...

Pero Saroyan es un iconoclasta. Lo quiere hundir todo para edificarlo todo de nuevo conforme a un arte que, dentro de su audacia, es cordialmente, genuinamente popular. Porque, eso sí, en honor de Saroyan hay que advertir, empero, que aunque su voluntad de innovar lo lleva a veces muy lejos, donde los contornos se desdibujan, su instinto creador, su discernimiento crítico y su educación literaria, lo mantienen siempre sobre un armonioso clasicismo. Y sabe suavizar con una sonrisa o con una pirueta las más locas aventuras. Porque Saroyan escribe bajo el mismo impulso con que actúa un acróbata, y, como éste, no puede retroceder en medio de un salto. De ahí la fuerza singular de su belleza, de su pulcritud, de su vivacidad. Mejor aún: de su espontaneidad, que guarda el brusco deslumbramiento de una llamarada de magnesio.

Llamarada que, por otra parte, si nos ciega o nos aturde de momento, nos permite registrar por nuestra imaginación, como por una placa fotográfica, matices que antes, a simple vista o a simple emoción, permanecían ocultos para nuestra pupila en esa media tinta de groserías y vulgaridades que tejen la vida cotidiana.

Porque, en el fondo, en los más íntimos estratos de la labor de Saroyan, palpita, como un mundo al que la rutina hace inédito, lo más puro, ardiente e insumiso de los sentimientos humanos.

SERGIO NERVA.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

ORDEN de 2 de octubre 1947 por la que se concede el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a D. Joaquín Soriano Roesset.

ORDEN de 2 de octubre de 1947 por la que se dispone que la Exposición Nacional de Bellas Artes, convocada por Orden de 11 de febrero de 1946 y demorada por la de 24 de diciembre del mismo año, para el presente otoño, se celebre en la próxima primavera de 1948.

Ilmo. Sr. : Por Orden ministerial de 24 de diciembre del pasado año se dispuso que en los Palacios de Exposiciones del Retiro se celebraran en la primavera y otoño del presente año, respectivamente, las Exposiciones Nacionales de Artes Decorativas e Industriales y de Bellas Artes, disposición que fué cumplida en cuanto al primer Certamen, y siendo materialmente imposible hacerlo así en cuanto a la de Bellas Artes, a pesar de la celeridad con que se procedió a desmontar las instalaciones de la de Artes Decorativas y a las reparaciones y adaptaciones indispensables en los edificios. En vista de lo cual, y ante lo avanzado de la época, de todo punto inadecuada para la celebración de la de Bellas Artes en el presente otoño, este Ministerio ha resuelto disponer :

1.º La Exposición Nacional de Bellas Artes, convocada por Orden de 11 de febrero de 1946 y demorada por la de 24 de diciembre del mismo año para el presente otoño, se celebrará en la próxima primavera de 1948.

2.º El plazo de admisión de obras se efectuará el día 2 del próximo mes de febrero hasta el 10 de marzo, ambos inclusive, y todos los días laborables; plazo que, teniendo en cuenta los aplazamientos sufridos, será improrrogable, fijándose por la Dirección General de Bellas Artes oportunamente las horas de recepción de obras.

3.º Aquellos señores expositores que hayan presentado sus obras en los plazos de las anteriores convocatorias podrán recogerlas, si así lo desean, u optar por dejarlas en los Palacios en calidad de depósito hasta el nuevo plazo de admisión, en que procederán a hacer nueva inscripción de las mismas.

Lo que comunico a V. I. para su conocimiento y demás efectos.
Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 2 de octubre de 1947.

IBAÑEZ MARTIN

DECRETO de 7 de noviembre de 1947 por el que se declara Monumento Histórico-Artístico al edificio de la Universidad de Cervera (Lérida).

El edificio de la Universidad de Cervera, en la provincia de Lérida, se comenzó a construir el día diecinueve de diciembre de mil setecientos dieciocho en el solar que ocupaba un hospital con su iglesia, varios huertos y veintidós casas, y con arreglo a los planos que en mil setecientos dieciséis trazó el Arquitecto don Francisco Montagut.

Su conjunto es severo y suntuoso, siendo notable el plan arquitectónico que presidió su construcción, por su sobriedad dentro de sus partes, algunas de elegancia innegable en sus detalles. En el estilo domina el barroco de importación francesa, siendo muy de notar un matiz hispánico, aun dentro de la expresión extranjera, principalmente en las partes escultóricas, que le dan significado personal y definido en nuestro arte nacional.

Iluminan la capilla, que fué decorada por el artista manresano

Jaime Padró en los años mil setecientos ochenta a mil setecientos ochenta y siete, catorce ventanas; y el retablo, que es de mármoles de alabastro de diferentes tonalidades, fué concebido por aquel artista con un alto sentido decorativo y de ponderación de los ricos materiales, dentro del elegante estilo barroco a que la obra se ajusta. En su lugar preferente, y en medio de dos ángeles, se levanta, sobre cuatro leones tendidos, el pedestal con la estatua de la Purísima Concepción, esculpida ésta, junto con la bola que tiene bajo sus pies, en un solo bloque alabastrino.

En consideración a lo expuesto, vistos los informes de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y de la Comisaría General del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, a propuesta del Ministro de Educación Nacional y previa deliberación del Consejo de Ministros,

DISPONGO :

Artículo primero. Se declara Monumento Histórico-Artístico el edificio de la Universidad de Cervera (Lérida).

Artículo segundo. La tutela de este Monumento, que queda bajo la protección del Estado, será ejercida por el Ministerio de Educación Nacional.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a siete de noviembre de mil novecientos cuarenta y siete.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,

JOSÉ IBÁÑEZ MARTÍN.

IMP. SAMARÁN
MALLORCA, N.º 4